

Steinbeck

Pacheco

Sormani

Guillén

Rep

Rivera

Blanco

Mariño

Rodari

Birmajer

Stevenson

Roldán

Boland

Retamar

La Mancha

Papeles de literatura infantil
y juvenil

marzo 1997

3

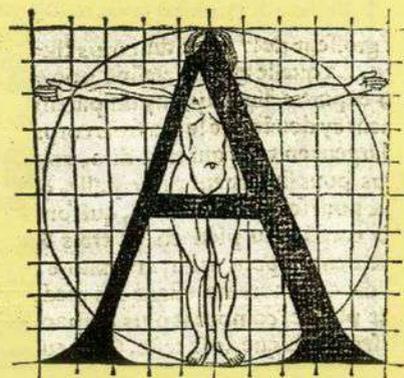
LITERATURA Y ESCUELA:
ILUSIONES EN CONFLICTO

LEWIS CARROLL O LA LÓGICA DEL DISPARATE

PANORAMA DE AUTORES COLOMBIANOS

TODOS LOS LIBROS EN "LA NUBE"

LOS CUENTOS SABIOS
DE ORIENTE





Consejo de Dirección:

Graciela Cabal
Laura Devetach
Ricardo Mariño
Graciela Montes
Graciela Pérez Aguilar
Gustavo Roldán
Silvia Schujer
Ema Wolf

Colaboran en este número:

Regina Zilberman
Lidia Blanco
Susana Taboada
Marcelo Birmajer
Daniel Retamar
Nora Lía Sormani
Beatriz Helena Robledo
Andrés Rivera
Elisa Boland
Miguel Rep
Nora Hilb
Gustavo Roldán
Darío Adanti
Perdiguera
Marcelo Elizalde

Editor Propietario:

Eric Domergue

Composición: Dana Produc. Gráficas

Impreso en: Agencia Periodística CID
Av. de Mayo 666 - Buenos Aires
Tel.: 343-0886/1903/2364/2471/2814

Distribuye: Centro de Publicaciones
Educativas y Material Didáctico SRL
Av. Corrientes 4345, Capital Federal
Tel.: 867-2020

Revista cuatrimestral
Buenos Aires - Argentina
Registro de Propiedad Intelectual N° 690882
Derechos reservados.

Las notas firmadas no reflejan necesariamente la opinión de los editores. Pueden reproducirse citando la fuente.

La Mancha

México 976, depto. 8
(1097) Capital Federal
República Argentina

Precio: 7 pesos.

SUMARIO

	<i>Página</i>
Editorial	3
Literatura y escuela:	
Ilusiones en conflicto, por <i>Graciela Montes</i>	4
Por una alianza nueva, por <i>Regina Zilberman</i>	9
Preguntas y respuestas:	
<i>Lidia Blanco, Gustavo Roldán, Susana Taboada</i>	10
Testimonios	
Conventillo	12
Un minuto de silencio contra la impunidad	14
Figuras:	
Lewis Carroll, por <i>Ricardo Mariño</i>	15
Ficciones:	
El topo, de <i>John Steinbeck</i>	19
¿Qué pasa, Mecha?, de <i>Ema Wolf</i>	20
Fábulas salvajes, de <i>Marcelo Birmajer</i>	21
Poesías, de <i>Laura Devetach y Nicolás Guillén</i>	22
La pelota, de <i>Felisberto Hernández</i>	24
Los dos fósforos, de <i>Robert Louis Stevenson</i>	25
El vuelero, de <i>Daniel Retamar</i>	26
A enredar los cuentos, de <i>Gianni Rodari</i>	26
Lugares	
Entrevero de libros en "La Nube", por <i>Nora Lía Sormani</i>	27
Temas	
Cuentos con luz propia, por <i>Graciela Pérez Aguilar</i>	30
La página de A.L.I.J.A.	
¿Qué es el I.B.B.Y.?	33
Panoramas	
El sueño del oso: literatura infantil colombiana, por <i>Beatriz Helena Robledo</i>	34
La iniciación	
El placer inigualable, por <i>Andrés Rivera</i>	37
Noticias de un oficio invisible:	
la traducción de libros para niños, por <i>Laura Emilia Pacheco</i>	38
Libros recomendados, por <i>Elisa Boland</i>	40
Diplomacia infantil, por <i>Ema Wolf</i>	42

"LA MANCHA" EN LIBRERÍAS DE CAPITAL FEDERAL

Librería: Cabildo 1852 • **Librería La Nube:** Venezuela 3031
Liberarte: Corrientes 1555 • **Librería Hernández:** Corrientes 1436
Librería La Mancha: Membrillar 51, Loc. 65 • **Librería de Mujeres:** Paseo La Plaza • **Librería Fausto:** Santa Fe 2077

Tapa: Juan Manuel Lima

Ilustración de contratapa: Pablo Picasso

Polgnae



Alguien, alguna vez, pensó que el mejor modo de dar cuenta del bosque era hacer una lista de los árboles. O es posible que algún otro, más novato, asustado por la gran proliferación de especies, le haya pedido que la hiciera. La cuestión es que la lista se hizo. Tal vez incluso se hizo con convicción, sin prejuicios, con esmero. Sólo que, al cabo, lo que quedó fue eso, la lista; el bosque se había perdido.

Es sólo una pequeña parábola –somos, hasta el final, escritores– para abordar una cuestión que nos toca de cerca y que toca de cerca a la escuela: las listas de libros recomendados.

Los listados son poderosos por lo que dicen, y sobre todo por lo que callan. En los últimos tiempos algunos se hicieron famosos por antojadizos y arbitrarios. Los hubo, en épocas no tan remotas, nefastos. Listas negras y listas blancas, libros que no se deben leer y libros que hay que leer sin falta.

En un territorio como el de la literatura infantil, donde abundan los mediadores, sellan el destino de muchos títulos.

Por otra parte parecen inevitables. Los editores necesitan de ellos para recomendar su fondo, los formadores de maestros recurren a ellos para salvar del montón los textos más valiosos, y muchos maestros, desconcertados por la abundancia y por los mensajes cruzados, no sólo los agradecen sino que claman por su presencia.

Lo dicho: parecen inevitables.

Pero sucede que, en épocas de cultura achicada como ésta, los listados tienden a convertirse en esquemas y pueden llegar a reemplazar lo que a nosotros nos parece irremplazable: la búsqueda personal y el ejercicio del gusto. Es decir: el paseo por el bosque. Al fin de cuentas también para pasear hay que entrenarse, y hoy no se estimula transitar por la cultura. Y sin embargo es el camino natural para hacer lectores. Manosear el estante de una biblioteca, por ejemplo, visitar una librería, estar atento a las recomendaciones de alguien cuyo criterio apreciamos, a las reseñas –si hay suerte de que aparezcan–, mirar tapas y contratapas, hojear catálogos, leer, y aprender a ver los libros no como ejemplares aislados sino, más bien, como una espesa comunidad entrelazada.

ILUSIONES EN CONFLICTO

¿Qué lugar ocupa la literatura (podríamos decir el arte, simplemente, si no fuera porque la literatura tiene la

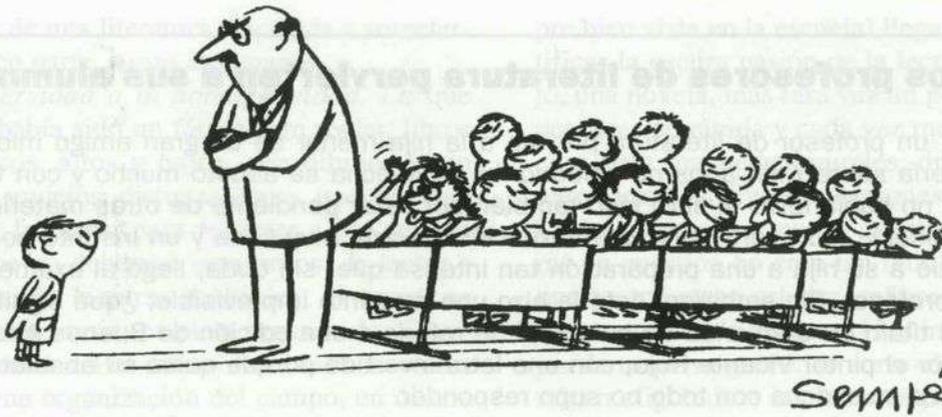
particularidad de estar hecha de palabras) en la vida de las personas (en la vida de los pueblos), y qué lugar ocupa en la escuela? ¿Es un lugar *semejante funcionalmente*, de manera tal que se podría decir que quien entró en tratos con la literatura dentro de la escuela está mejor preparado para entrar en tratos con ella fuera de la escuela, en otras circunstancias de su vida? ¿O se trata de funciones por completo diferentes? ¿El contacto con la literatura en la escuela induce, prepara, ensancha, promueve, energiza, despierta el contacto con la literatura en la vida diaria? ¿O la función es otra, sucede en un teatro ajeno, donde a la literatura sólo le cabe un rol menor en otra obra –también achicada últimamente– y no en la propia? ¿Ha habido corrimiento? Y, en ese caso, ¿cómo se produjo? Por otra parte, ¿vale la pena que la escuela se ocupe de este asunto de la literatura? Y, en ese caso, ¿qué le corresponde: brindar un “servicio mínimo” tanto como para salvaguardar el famoso asunto de la “igualdad de oportunidades”, o más bien ocuparse de abrir la puerta del derecho grande a transitar por la cultura? ¿Vale la pena que la literatura se ocupe de este asunto de la escuela? ¿Tiene algo que decir la literatura cuando de educación se trata? ¿Dónde radica el malentendido?

por **Graciela Montes**

La literatura, y el arte en general, esté o no esté hecho de palabras, pertenece a lo que Winnicott llamó la tercera zona, la de las construcciones simbólicas, la de las grandes consolaciones y el juego, esa frontera entre el yo y el mundo que no es puro yo ni puro no yo sino otra cosa, especie de territorio liberado, el lugar donde se dejan las marcas, donde se ponen los gestos. Se escribe un cuento, se lee un cuento para habitar, precariamente, ese borde. El juego, la literatura, el arte en general no están –básicamente– para actuar sobre el mundo, ni están –básicamente– para satisfacer las necesidades del yo; el juego, la literatura, el arte en general *están para estar*, valen en tanto son construcciones en el vacío, en el fondo son pura pirueta, pura marca. Aun cuando, por el solo hecho de estar,

acarreen tantísimas consecuencias secundarias sobre el destino del yo y sobre el destino del mundo y formen parte necesaria de su funcionamiento. Y aun cuando sus soportes –y esto es algo que hay que subrayar para no pasar por místico o ingenuo–, es decir, los libros, por ejemplo, y todos los circuitos que los rodean (suplementos y revistas, editoriales, seminarios, cátedras, congresos, etc., etc.), formen parte de las condiciones del mundo y de la lucha por el poder, simbólico y económico, de grupos y de personas.

La literatura, en sí misma, pertenece al orden del arte –y del juego–. Sólo que está hecha de palabras y eso la complica con otros asuntos. Está atravesada por la lectura y por la escritura, que son una cuestión central de la escuela. He aquí una de las



fuentes del malentendido. Ambas se ocupan de las letras y, sin embargo, *la literatura es sapo de otro pozo*. No es una especie natural de la escuela, aunque sea bueno, y hasta extraordinariamente bueno, que la escuela le haga un sitio. En el fondo, la literatura es una extraña, una forastera, una rara, nativa de otros campos. Muchos desentendimientos derivan de no reconocer este hecho, tan sencillo en el fondo, de la diferencia.

A la escuela la sorprende y la sobresalta la literatura, no sabe bien dónde ponerla, qué hacer con ella; a veces parece que la llevara en brazos como un paquete engorroso, trastabillando con él, dejándolo caer por cualquier sitio.

Y creo que a la literatura también la ha sorprendido primero, complacido luego y desconcertado por fin esta súbita invitación a las aulas de que ha sido objeto.

Me traslado ahora a la esfera de los acontecimientos que hemos podido registrar últimamente. Fue la escuela la que le abrió las puertas a la literatura. Un gesto amplio, seductor y deslumbrante, especialmente en su primera etapa —la versión más generosa—. Sucedió en los años 80, cuando la lectura parecía desahuciada. Primero unas pocas y después muchas, cada vez fueron más las escuelas decididas a embarcarse en un camino que algunos maestros pioneros —pienso en el Maestro Iglesias, en Olga y Leticia Cosettini— habían venido propiciando desde siempre: los cuentos, los mundos imaginarios abrían zonas insospechadas, había que multiplicar los encuentros placenteros con el libro. Se abrieron puertas y ventanas y, de pronto, allí estaba la literatura infantil tan pimpante en medio de los pupitres. Y no una literatura infantil vecina a la escuela, una escuelita autoportante de buenas costumbres, con sus historias de niños o animalitos desobedientes o haraganes o egoístas y sus graves o

triviales moralejas, no un sucedáneo de los libros de lectura sino *una literatura con ilusiones de literatura y no de escuela*. Venía de otros cotos: el tiempo libre, la hora de irse a dormir, los fogones, las reuniones de amigos, los juegos imaginarios, el libro atesorado, las vacaciones, la soledad privada, los disfraces secretos, el recreo. Y de pronto la escuela, con sus fuertes tradiciones, la escuela, que siempre tuvo sus discursos específicos, sus rituales y su recorte particular de los bienes culturales, acogía a esta especie de otros territorios y la incluía en su repertorio. Fue toda una novedad y, repito, un gesto valiente por parte de la escuela, que se abrió para acoger lo heterogéneo, un gran gesto.

La recién llegada venía de la mano de maestros y bibliotecarios inquietos, por lo general muy buenos lectores, dispuestos al humor, a la fantasía nueva, a la ironía, a la irreverencia de la palabra, y resultó eficaz. Trajo cambios, variedad, nuevos aires. Y, además, funcionaba. Tenía consecuencias en el territorio de la lectura. Insuflaba aliento a los lectores desanimados, robustecía a los lánguidos y hasta produjo la resurrección de algunos que ya se daban por muertos. Y, lo que es más importante, despertaba en los analfabetos la codicia del texto: leer valía la pena si con eso se podía entrar en el territorio de los cuentos. Hubo complicidad y audacia de los maestros, buena producción de los autores y un notable compromiso de algunas editoriales con estos aires nuevos. Y ahí quedó, en medio de los mayoritarios y necesarios discursos escolares, ese engendro bastante inclasificable, tan propio del tiempo libre como el juego pero sin duda más ambicioso, que estaba hecho de palabras, como los libros de estudio, pero que era evidente que obedecía a otras reglas, que tenía sus propias ilusiones.

Un bicho raro, en fin, que producía asombro y goce pero también perplejidad y desasosiego. Para

De cómo los profesores de literatura pervierten a sus alumnos

El año pasado, un profesor de literatura previno a la hija menor de un gran amigo mío de que el examen final sería sobre *Cien años de soledad*. La muchacha se asustó mucho y con toda razón, no sólo porque no había leído el libro sino también por estar pendiente de otras materias más importantes. Por suerte, su padre tiene una formación literaria muy seria y un instinto poético como pocos, y sometió a su hija a una preparación tan intensa que, sin duda, llegó al examen más preparada que el profesor. Sin embargo, éste le hizo una pregunta imprevisible: ¿qué significa la letra dada vuelta del título en *Cien años de soledad*? Se refería a una edición de Buenos Aires, cuya tapa fue hecha por el pintor Vicente Rojo, con una letra invertida porque quiso su absoluta y soberana inspiración. La muchacha con todo no supo responder.

Vicente Rojo me explicó más tarde, cuando le conté, que él tampoco supo responder un cuestionario de literatura, elaborado en Londres, para un examen de admisión. Una de las preguntas pedía que se estableciera cuál era la simbología del gallo en *El coronel no tiene quien le escriba*. Él, que conoce bien el estilo de su casa, no pudo resistir la tentación de gozar de aquel sabio remoto, y respondió: "Es el gallo de los huevos de oro". Más tarde supimos que quien tuvo la mejor nota fue el alumno que respondió, como lo había enseñado el profesor, que el gallo del coronel era el símbolo de la fuerza popular reprimida. Cuando lo supe, me alegré una vez más de mi buena estrella política, porque el final que yo tenía pensado para ese libro, y que cambié a última hora, era el coronel torciéndole el pescuezo al gallo y haciendo con él una sopa de protesta.

Hace años que colecciono estas perlas con las que los profesores de literatura pervierten a sus alumnos.

.....

Tengo un gran respeto, y sobre todo un gran cariño por el oficio de profesor y por eso mismo me reconforta saber que ellos también son víctimas de un sistema de enseñanza que los induce a decir bestialidades. Una de las personas inolvidables en mi vida es la profesora que me enseñó a leer a los cinco años. Era una moza bonita y sabia, que no pretendía saber más de lo que podía y era tan joven que, con el tiempo, acabó siendo más joven que yo. Era ella la que nos leía, en clase, los primeros poemas.

Recuerdo con la misma gratitud al profesor de literatura del colegio, un hombre modesto y prudente que nos conducía por el laberinto de los buenos libros sin interpretaciones rebuscadas. Este método posibilitaba a sus alumnos una participación más personal y libre en el milagro de la poesía. En síntesis, un curso de literatura no debería ser más que una buena guía de lecturas. Cualquier otra pretensión no sirve nada más que para asustar a los niños. Pienso yo, aquí entre nosotros.

Gabriel García Márquez

muchos –posiblemente no fueran tan lectores como los pioneros de la experiencia, tal vez no estuvieran tan seguros del lugar de la literatura adentro de sus propias vidas– no quedaba claro qué había que hacer con este inquilino algo esquivo a las rutinas. Lo heterogéneo picaba y creció el afán por domesticar lo diferente, por ponerlo al servicio de otras ilusiones. Más o menos entonces se terminó el idilio y comenzó el conflicto.

Quise instalarme en este momento histórico, aun cuando la escolarización de la literatura es algo

muy viejo (recuerdo que en mis tiempos Juan Ramón Jiménez era una fuente inagotable de unimembres), porque es un caso en que se completó, en muy poco tiempo, todo un ciclo ejemplar: de la diversidad a la homogeneidad, de lo casual a lo reglado, de lo global a lo fragmentario, de lo gratuito a lo aprovechable, de la pasión a la acción. Un veloz proceso en el que han intervenido las fuertes tradiciones didácticas de la escuela, las distintas exigencias de un mercado cuyas reglas son más que nunca la homogeneización y el encarrilamiento, y las

fluctuaciones de una literatura dispuesta a someterse, al menos en parte, a esas exigencias.

De la diversidad a la homogeneidad. Lo que inicialmente había sido un fárrago sin reglar, libros gordos y flacos, altos y bajos, con dibujos y sin ellos, nuevos y viejos, distintas voces, que viajaban de frontera a frontera, para regresar a esa tercera zona de la que no debemos separarnos, de lector a lector, generando lecturas múltiples, diversas, se vuelve colección, serie, paquete organizado. Clasificación por edades. Por temas. Por tonos. Lecturas inducidas. Una organización del campo, en última instancia, pero que revierte sobre el campo, que tiene sus consecuencias.

De lo casual a lo reglado y de lo gratuito a lo aprovechable. Lo que empezó siendo una frecuentación más o menos casual y en todo caso gratuita, libros que traía en la mano un maestro o un bibliotecario lector, libros que estaban ahí, simplemente, al alcance de la mano —la mesa tendida—, que se compartían y comentaban con sencillez, pasó a depender de instructivos muy estrictos, a rodearse de rituales y a ser materia de usufructo regular, es decir, género escolar aprovechable.

De lo global a lo fragmentario. Lo que parecía un bagaje inacabable, el acervo total, un continuum de libros que llevaban a otros libros, títulos nuevos y recordados títulos viejos, autores de aquí y de allá, autores vivos y autores muertos, extrañas alianzas entre palabras que hacían flotar de un sitio al otro del gran repertorio a los lectores, fue acotado y fragmentado de maneras diversas. En un segundo momento, como culminación de la fragmentación, el libro de texto, el manual, —habitante natural de la escuela, protagonista indiscutido de su circuito— incorpora a sus páginas buena parte de la literatura que antes andaba por ahí suelta. De ese modo le rinde homenaje y, al mismo tiempo, la devora.

De la pasión a la acción. Como si esto fuera poco, se paga el tributo al activismo. La acción (siem-

pre bien vista en la escuela) llega a tiempo para justificar la oscura pasión de la lectura. Leer un cuento, una novela, más rara vez un poema, se convierte entonces en rápida y cada vez menos paladeada excusa para maquetas, murales, dramatizaciones, re-narraciones y diversas acciones destinadas, en el fondo, a demostrar que el cuento, la novela, el poema en cuestión no eran tan inútiles como parecían, puesto que, vean ustedes, señores, han servido para todo esto. Útiles lecturas. Una instrumentación que puede tornarse grave: se corre el riesgo de que terminen eligiéndose las lecturas por su adecuación a

las necesidades de actividad permanente, que se prefieran obras mansas y “llenas de temas útiles”, exprimibles hasta la última gota, pero mediocres o decididamente falsas, sin valor literario alguno, y que la nueva literatura sólo encuentre canales de publicación en tanto cumpla mansamente con ese rol de auxiliar docente.

El ciclo se cierra cuando la literatura pasa a ser, por fin, un discurso más, el bloque 4, el módulo 3, el capítulo 13, un ítem dentro del terreno de la lingüística, o de la lectoescritura, o de la retórica... Por

fin todo en su sitio. *El discurso literario*, así se lo llama. Se trataría de un “modelo discursivo”, con sus particularidades, sus mohines; la construcción del imaginario es un ingrediente más, un aditamento, tal vez, incluso, un adorno. Estaría el discurso argumentativo, el informativo, el epistolar... y el literario. Sólo que ¿cómo descubrirle las mañas al “discurso literario? ¿Será el que tiene más metáforas? ¿El más retórico? ¿El más subjetivo? ¿O más bien el que acumula más apelación a los sentidos? ¿El que tiene principio, medio y fin, personajes principales y secundarios, métrica y rima, descripciones y diálogos? En rigor, como todos sabemos, no es tan sencillo. Por ejemplo, a alguien se le podría ocurrir la idea de escribir una receta de cocina para fabricar dragones y Cortázar hizo una “Carta a una señorita en París” que trataba de la nauseosa superabundancia de conejos y terminaba en un sui-



El azar de los encuentros

(Es) como si... el papel de la escuela se limitase en todas partes y para siempre a la enseñanza de técnicas, a la tarea de comentar, y cortase el acceso inmediato a los libros mediante la proscripción del placer de leer. Parece establecido desde la eternidad, en todas las latitudes, que el placer no tiene por qué figurar en el programa escolar y que el conocimiento no puede ser sino el fruto de un sufrimiento bien comprendido.

Esto se justifica, claro está.

Los argumentos no faltan.

La escuela no puede ser una escuela del placer, el cual presupone una buena dosis de gratuidad. Es una fábrica necesaria del saber que requiere esfuerzo. Las materias enseñadas allí son los útiles de la conciencia. Los profesores a cargo de esas materias son sus iniciadores, y no se les puede exigir que proclamen la gratuidad del aprendizaje intelectual, cuando todo, absolutamente todo en la vida escolar —programas, notas, exámenes, clasificaciones, ciclos, orientaciones, secciones— reafirma la finalidad competitiva de la institución, inducida por el mercado de trabajo.

Que el alumno, de vez en cuando, encuentre un profesor cuyo entusiasmo por las matemáticas parezca surgir de ellas mismas, que las enseñe como una de las Bellas Artes, que las haga amar por la virtud de su propia vitalidad, y que gracias a él el esfuerzo se convierta en placer, *eso tiene que ver con el azar de los encuentros y no con el espíritu de la institución.*

Es propio de los seres vivientes hacer amar la vida, incluso bajo la forma de una ecuación de segundo grado, pero la vitalidad nunca ha estado inscrita en el pènsum de las escuelas.

La función está aquí.

La vida en otra parte.

Leer, eso se aprende en la escuela.

Amar la lectura...

Daniel Pennac nació en Francia. Es docente, ensayista y novelista. El fragmento que reproducimos está tomado de *Como una novela*, Editorial Norma, 1993.

Daniel Pennac

cidio; se podría redactar un comunicado de prensa muy escueto, formalísimo, dando cuenta del operativo comando que culminó en el asalto de las hormigas coloradas al cajón sur de la alacena, y se han escrito jitanjáforas, cadáveres exquisitos, sueños —así los llamaba Quevedo—, esperpentos...

No son asuntos sencillos y hay confusión, otra vez. Porque la literatura es algo más —o algo menos— que un discurso diferente. Sencilla y diferentemente, la literatura ocupa *otra clase de lugar* en la vida de las personas. Es verdad que hay emisor, receptor, mensaje..., pero en el fondo es todo un juego; la literatura está afuera del discurso, instalada en la magra frontera de libertad que hay entre la subjetividad y el mundo. Está ahí acompañada por el arte todo, por los gestos personales, por el equipaje simbólico de la cultura y por el juego. Al margen del mundo y también al margen de quienes se embarcan en ella, en los márgenes, justamente. Lo

que no quiere decir, por supuesto, que no guarde relación con el mundo y la sociedad o con el individuo y su subjetividad. Justamente está en la frontera, en el camino de los intercambios. Tampoco quiere decir que sea floja, divagante, sin reglas. Tiene sus reglas, rigurosas reglas de construcción y coherencia y reglas, además, que la ligan a la literatura toda, a las tradiciones y a las rupturas, a distintos grupos, a la cultura y al arte. No quiere decir que sea inocente tampoco. Pertenece a la sociedad y de un modo u otro la refleja. Pero tiene sus reglas. Otras. Y sus ilusiones. Yo quise hablar por ellas.

La escuela, por su parte, tendrá que reflexionar acerca de cuáles son las suyas, si ilusiones grandes de abrir la puerta a otras ilusiones, las de la cultura, por ejemplo, las de la ciencia, o ilusiones más mezquinas de recortar trozos de mundo para manso consumo y pequeño servicio.

Por una alianza nueva

por Regina Zilberman

La escuela y la literatura infantil, ¿unidas para domesticar o para liberar? La especialista Regina Zilberman analiza el rol de ambas como reproductoras de los valores adultos y dominantes en la formación de los niños y propone una nueva relación que las convierta en promotoras de autonomía, sentido crítico e independencia.

La escuela participa del proceso de manipulación del niño, conduciéndolo al acatamiento de la norma vigente, que es, además, la de la clase dominante –la burguesía–, cuya emergencia, como hemos visto, desencadenó la expansión y perfeccionamiento del sistema escolar. La literatura infantil, por su parte, es otro de los instrumentos que han servido para la multiplicación de la norma vigente. Al transmitir, en forma de reglas, una enseñanza conforme a la visión adulta del mundo, se compromete con patrones que están en desacuerdo con los intereses del niño. Incluso puede sustituir al adulto, y hasta con mayor eficiencia, cuando el lector no está en el aula, y está entonces distraído, no precavido con respecto a las órdenes de sus mayores. Ocupa así la laguna que se hace en las ocasiones en que los mayores no están autorizados a interferir con la infancia, cuando los niños se entregan al ocio y a la fantasía.

En este sentido, también la obra literaria puede reproducir el mundo adulto, ya sea a través de la participación de un narrador que bloquea o censura la acción de sus personajes infantiles, o por medio de la transmisión de conceptos y patrones de comportamiento que estén en consonancia con los valores sociales prestigiados; o bien mediante la utilización de una norma lingüística aún no adquirida por el lector, debido a su falta de experiencia, que permite una compleja manipulación por el lenguaje. De ese modo, los factores estructurales de un texto de ficción –narrador, visión del mundo, lenguaje– pueden convertirse en el medio por el cual el adulto intervenga en la realidad imaginaria, usándola para destilar ideología.

Esta situación, bastante común cuando se examina la producción destinada deliberadamente a los niños, pone de manifiesto la falta de inocencia del género. Muchas veces, al procurar incorporar la ingenuidad que se atribuye comúnmente a los niños, no hace más que revelar el compromiso con una concepción equivocada y degradante de la infancia que hay detrás de esa farsa. La máscara cae cuando, en el fondo, se percibe la intención moralizante, y el texto se revela como un manual de instrucciones, que ocupa el lugar de la emisión.



El problema puede agravarse cuando el libro es introducido en la escuela, porque, en ciertos casos pueden conjugarse las fuerzas en pos del proyecto de adoctrinar a los niños o incluso seducirlos para que asuman la imagen que la sociedad quiere que asuman: la de seres frágiles y dependientes, cuya única alternativa radica en la adopción de los valores vigentes, todos solidarios con el adulto. De manera que la salida termina siendo el reforzamiento de la dependencia, dado que aceptar las normas impuestas significa corroborar el modelo dentro del cual el niño es manipulado.

La contrapartida a este estado de cosas puede resultar igualmente problemática. Proponer la abolición de la literatura en la escuela, o sencillamente la abolición de la escuela, implicaría dejar abandonado al niño a su propia suerte, adoptando la imagen de su impotencia e incapacidad. En otras palabras, se trataría de dotarlo de un poder sin instrumentalizar su uso, con lo que se reforzaría el concepto de su falta de preparación y su inhabilitación.

Lejos de esto, la escuela y la literatura, en tanto instituciones, pueden probar su utilidad dándole al niño el espacio para reflexionar sobre su condición personal. Por otra parte, nos guste o no, debemos reconocer que la escuela y la literatura infantil es lo que quedó para los niños luego del triunfo del proceso de solidificación social antes descrito, y, si la dominación de la infancia procede del gesto soberano del adulto, los factores de su emancipación bien podrían derivar de una nueva alianza de esos dos territorios propios: la escuela y la literatura. El gesto de rebeldía incluirá

al maestro, y será válido en tanto implique al mismo tiempo la liberación del adulto, comprometido con un proceso de dominación que lo incluye como ser también pasivo, juguete de un sistema cuyos aparatos de poder no están bajo su control.

(...)

He procurado aquí enfatizar en todo momento la autonomía de la literatura infantil en relación con una finalidad pedagógica, pero, como puede verse, percibo

que los hilos que pasan por estos dos campos pueden, por otros caminos, volver a ligarse. Y la didáctica, como metodología, puede llegar a convertirse en un instrumento imprescindible para que se alcance la meta fundamental de la presencia de la literatura en la escuela, al fomentar la transformación del libro en vehículo de cultura y cuestionamiento, liberado ya de su inclinación doctrinaria. Se trata, pues, una vez más, de dar paso a la función formadora de la lectura, puesto que la propia lectura incrementa en el lector la capaci-

Preguntas y respuestas

La Mancha propuso cuatro preguntas a tres personas vinculadas, desde distintos lugares, a la literatura y a la escuela. Son ellos Gustavo Roldán, escritor, Lidia Blanco, investigadora, y Susana Taboada, docente bibliotecaria.

¿Por qué con frecuencia, en el aula, el docente habla de “trabajar” o de “usar” un libro?

GUSTAVO ROLDAN: Creo que cada vez se “trabaja” los libros con menos frecuencia. Pero no es raro, aunque sí discutible, que sea de esa manera. Los benditos programas, las benditas autoridades y los benditos padres siempre están pidiendo ver el “aprovechamiento” de todo lo que se hace en el aula. Y el maestro tiene que demostrar que no ha estado perdiendo el tiempo. ¡Y leer, solamente leer, un cuento o un poema, suena tan parecido a perder el tiempo!

LIDIA BLANCO: El acceso libre a la lectura nunca fue posible dentro del sistema educativo de ningún país del mundo. La literatura, particularmente, ha sido arduamente combatida por los agentes del sistema que más debían defenderla: los profesores de lengua y literatura. Por una parte se ocuparon de organizar los ejercicios de análisis de textos, creando una barrera entre los lectores y la obra, mediatizando la lectura con un surtido de posibilidades de “uso” bien sostenido y convincente. Las editoriales sacralizaron estos conceptos y los difundieron dentro del sistema a través de los manuales de lengua y literatura, instalados hoy como verdadera biblia en la escuela argentina. El maestro que “usa” la literatura en el aula responde a los preceptos incorporados durante su formación en las instituciones correspondientes. No es, por lo tanto, responsable de la didactización de la obra literaria. La tendencia al “uso” de la literatura se ve fortalecida también por los autores que incorporaron sus textos a la maquinaria de manualización de la cultura. El reconocimiento de nombres familiares dentro del campo de la literatura infantil estimula al maestro a creer que efectivamente ése es el camino correcto: LEER Y HACER EJERCICIOS. Un caso ejemplar de esta tendencia lo ofrece la editorial Stella, en cuya colección “Altamar”

brinda material literario acompañado de su correspondiente acople de entrenamiento. Entre los nombres de autores conocidos se encuentra nada menos que Horacio Quiroga con *Cuentos de la selva*. Y ya más cerca de este tiempo, el escritor Fernando Sorrentino, recientemente premiado por la F.E.R.T. (Fundación de Estudios Rurales y Técnicos) por su obra *La recompensa del príncipe*, novela infantil de alrededor de cien páginas, enriquecida con otras cincuenta páginas más, de obsequio para el alumno, para que *no lea por placer sino para aprender...*

SUSANA TABOADA: Hablo del docente en general, que tiene frente al libro o a otros objetos una valoración de tipo “pragmática”: tal cosa me sirve para tal punto del programa, y en función de ese pensamiento se toma también al libro. A veces un libro es valioso o no en función de la utilidad que le preste. La mirada está en estricta relación con este tema y no interesan otros valores. “Trabajar” un libro significa haberlo “aprovechado” en función del programa del grado. Días pasados, una compañera me preguntó cuál era el fundamento teórico para no subrayar sustantivos y adjetivos en una poesía.

Las visitas del autor a la escuela. ¿Cuáles son los propósitos y las expectativas de los docentes y de los autores?

LIDIA BLANCO: Los docentes suelen invitar a los autores como una forma de “escapar” a la situación rígida a la que se ven sometidos como parte de su desempeño dentro del sistema escolar. El escritor insinúa cierta libertad dentro de la sociedad, y una sana envidia mueve al maestro cuando lo ve llegar y salir de la escuela sin horario alguno. El autor, a pesar de todo lo antedicho, es el depósito de la esperanza de muchos argentinos: la palabra puede detener la catástrofe. Creo que el invitado también participa de esta ceremonia y la disfruta. Por un

dad de comprender el mundo y de investigarlo, y, al mismo tiempo, de poner en tela de juicio el comportamiento que promueven las obras que se consideran buenas simplemente porque transmiten valores socialmente útiles que sólo interesan a los adultos. De esa manera la literatura infantil podrá colaborar en la inversión de este viejo curso de acontecimientos, de este destino histórico, convirtiendo a la pedagogía se convertirá en inestimable auxiliar para el logro de sus metas. De modo que propiciar la entrada en la escuela de

buenos textos, apropiados y actuales, es crear las condiciones para modificar una situación que es desventajosa para la infancia y para la propia educación.

Regina Zilberman es doctora en literatura infantil por la Universidad de Heidelberg y autora, entre otros libros, de *A literatura infantil na escola*, Sao Paulo, Global editora, 1982, obra de la que procede el texto que reproducimos.

par de horas es “la persona más importante” de ese espacio al que concurre y puede olvidar sus penurias económicas, los derechos de autor que le adeudan, y ser en definitiva, un “héroe momentáneo”.

SUSANA TABOADA: De los docentes: mediante la presencia del autor, el chico contacta con una persona de “carne y hueso”. El autor se “corporiza” e intercambia, en un clima por momentos mágico, preguntas y respuestas que tienen que ver con intereses muy genuinos de los chicos. Personalmente, los invito porque son modelos positivos. Frente a ellos, los chicos tienen a alguien que crea, que valora de verdad la lectura, la reflexión, el humor, la fantasía, lo informal en el sentido que da permiso al sentir y a la imaginación sin censurarla. La escuela, hablo en general, es un lugar de mucha censura y poco permiso pero, a pesar de esto, hasta pueden despertarse vocaciones. Hay chicos que hablan de escritores que nos visitaron después de tres y hasta cuatro años, por el impacto que los produjeron. A veces, padres que participaron reclaman esos encuentros. De los autores: ellos tienen la palabra. Supongo que este encuentro debe ser, para el autor, algo así como la posibilidad de “escuchar” al lector. Es, quizás, el “retorno” que le falta en este diálogo.

GUSTAVO ROLDAN: Los docentes esperan que la visita produzca una especie de entusiasmo, de descubrimiento, de curiosidad, lo que puede ayudar –entre otras cosas que sabrán los maestros– a una buena relación del chico con el libro. Las expectativas de un autor –hablo de uno solo– están en seguir descubriendo qué es ser un chico en 1997, en verificar aciertos y errores, en volver a aprender qué cosas les interesan de manera primordial –que pueden ser bastante parecidas a las que nos preocupaban cuando chicos– y que suelen no ser las cosas que los grandes les ofrecemos. La cuestión es si después nos animamos a dar esas respuestas. Pero por lo menos podemos confirmar que casi siempre nos quedamos cortos.

¿Qué opina de las “maratones” de lectura?

SUSANA TABOADA: ¡¡¡QUE HORROR!!! ¿Será algo así como la “privatización de la lectura”? Concibo las “maratones” en este sentido: crear un clima propicio para leer algo elegido por el chico y ver cuánto tiempo pueden estar leyendo silenciosamente y en compañía. Medir con el reloj el tiempo de concentración. Registrar esa capacidad en la lectura y punto. Creo que los adultos debemos cuidar estos espacios y no “mercantilizarlo” todo.

GUSTAVO ROLDAN: Me parece un método perfecto para que los chicos se alejen de los libros. En el mejor de los casos, contribuye a la formación de lectores confundidos que pueden creer que vale la regla de tres que dice: “Si un albañil hace una casa en 100 días, 100 albañiles hacen una casa en un día”. En las matemáticas es cierto. Pero traten de poner 100 albañiles a trabajar juntos para terminar la casa en un día.

LIDIA BLANCO: La lectura debe propiciarse en un ámbito de respeto al libro y al lector. Las “maratones” son circos que prepara el sistema para disimular su verdadero interés de que se lea poco, se piense poco y, por supuesto, se actúe poco.

¿Cómo puede contribuir la escuela al placer de la lectura?

GUSTAVO ROLDAN: Poniendo libros –diversos libros– al alcance de la mano. Para tocar, mirar, oler, cambiar, comenzar y dejar, aceptar y negar, abrir y cerrar. Como abrir la puerta para ir a jugar. Provocar pero no empujar. Simplemente ir encendiendo las curiosidades y las ganas, sin apuro, en un tiempo de derechos y no de obligaciones, donde se adquieren ciertas destrezas que no son las del aprendizaje cotidiano. Aunque no aparezca ningún resultado a la vista –porque no se trata de cumplir con los “deberes” del aula–, la misión está cumplida.

SUSANA TABOADA: Hay que obligar menos y motivar más. Tener varias estrategias de “seducción”. Tener libros que los atraigan (léase, con muchos dibujitos). Revistas de fácil lectura. Invitar a autores e ilustradores juntos. Que la bibliotecaria “invite” a la biblioteca porque sí. La animación a la lectura puede ser un recurso interesante también. Competencias mensuales del grado más lector. Renovación periódica de libros recreativos. Preguntarles a los chicos qué libros les gustaría leer.

LIDIA BLANCO: La lectura placentera transcurre en pocas instituciones, casi todas privadas. En la escuela pública, a la que concurren los más pobres, la consigna es aprovechar el tiempo en aprendizajes “útiles”. La situación podría mejorar si se llevara adelante un Programa de Lectura amparado por las instituciones destinadas a la difusión del libro y su inserción en la vida cotidiana de los niños. Mientras esto no ocurra, habrá que confiar en otros caminos hacia el libro en espacios menos controlados por las planificaciones que sugiere la actual Ley de Educación.

Conventillo

LECTOR

Periodista: ¿Cuáles son sus lecturas, general?

Pinochet: Leo Historia, Filosofía, Ciencias Naturales, Literatura, Ciencia, Política, Economía, Religión...

Periodista: ¿Y en qué momento lee?

Pinochet: Diez minutos antes de dormir.



Los grandes inventos de TBO (Ediciones del Cotal - Barcelona)

POROTOS MEZCLADOS

- ✓ Titulares: "Esposan a un nene negro de 5 años porque se portaba mal en la escuela". Esto sucedió a Virgil Speed alumno de jardín de infantes en Luisiana, Estados Unidos.
- ✓ Jonathan Prevette, de seis años, fue acusado de acoso sexual por besar en la mejilla a una compañerita, en el estado de Carolina del Norte. En Estados Unidos, los niños reciben al comienzo del año lectivo un código de conducta sobre cómo deben comportarse con sus compañeros.
- ✓ Se está impulsando en Latinoamérica la redacción del Primer Diccionario de Americanismos. Incluirá 120.000 palabras hispanas de uso regional y el deseo es terminarlo antes del año 2000. ¿Habrà lugar también para las palabras aborígenes incorporadas al uso cotidiano?
- ✓ "Como aquí somos muy vivos, los chicos son tan rápidos y el presupuesto educativo es prioritario, con 170 días de medio turno (de clases por año) estamos hechos." (Mirta Goldberg, Clarín, 21 de noviembre de 1996).

ASISTENCIA PERFECTA

Según una nota del diario Clarín del 20 de noviembre de 1996, la asistencia perfecta en muchas escuelas de nuestro país (en la localidad de Añatuya entre otras) está determinada por la posibilidad de darles de comer a los chicos en el establecimiento. El presupuesto escolar sólo alcanza para diez días. Pero aunaron esfuerzos con Cáritas y otras fundaciones. "De mayo a julio reciben además, una tableta diaria de chocolate enriquecida con soja para completar las proteínas necesarias. Recibimos cartas de los maestros contándonos cómo ha favorecido el nivel de atención de los niños en la escuela", declaran los responsables.

CITAS DEL ESCRITOR ANDRE GIDE

El chico al que le preguntaron qué hacía en clase:

-Esperar que salgamos.

En una reunión en la que le preguntan a cada chico qué desearía hacer cuando grande:

-Yo me casaré con una mujer muy fea. Para hacer reír a mis amigos.

Tratan de que Francis Y. se compadezca de los padecimientos de Cristo en la cruz y se indigne contra los miserables que lo han clavado en ella. El chico mira el crucifijo en la pared y dice:

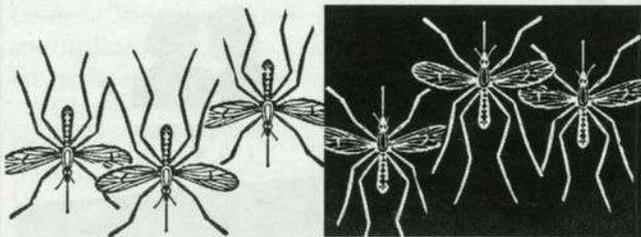
-Tenían que clavarlo para que se sostuviera así.

DEL TALLER DE ESCRITURA

Lo que me pasa en el colegio y en casa

Lo que me pasa en casa son muchas cosas: jugar a las cartas, a mis juguetes, jugar a la compu, etc. Y del colegio ni ablar del colejio me gustan cosas como estas: recreo, ora libre, sacarme exelente en el cuaderno y muchas cosas mas bueno digo que me ba masomenos porque me porto un poco mas mal pero eso lo boy a tratar de mejorar.

Nico, 3er grado, Capital Federal 1995



MAS BARATO QUE EL OFF:

Un antiguo cuento de la China

EL NIÑO Y LOS MOSQUITOS

Los padres de Wu-Mang, un chicuelo que sólo tenía ocho años de edad, eran tan pobres que no contaban ni con el dinero preciso para comprarse un mosquitero para su cama.

Pero cada día, después que sus padres se habían dormido, Wu-Mang se acercaba al lecho y dejaba que los mosquitos lo picaran a él sin ahuyentarlos. De este modo libraba a sus padres de la molestia de los mosquitos.

RECETA PARA CAZAR LEONES

Se toma un desierto y se tamiza la arena: lo que queda en el cedazo son los leones.

Revista *Fliegende Blatter*,
1870

De Puerco a Puerto y de Porco a Porto

LA REALIDAD IMITA A BOJUNGA NUNES

...Despacito, con un miedo terrible de equivocarse, el puerco tomó su nombre y cambió la c por la t. Estaba aún esmerándose en el trazo de la t cuando el corazón dio un vuelco tan grande que todo el mundo se asustó: la luciérnaga voló lejos, la noche encogió tres nubes (y la luna aprovechó para aparecer), y el puerco salió disparado. Corrió como un loco hasta que entró en su casa, ¡plá!, cerró la puerta y dejó fuera el miedo de que alguien fuera a verlo. Sólo entonces el corazón comenzó a latir de una manera normal.

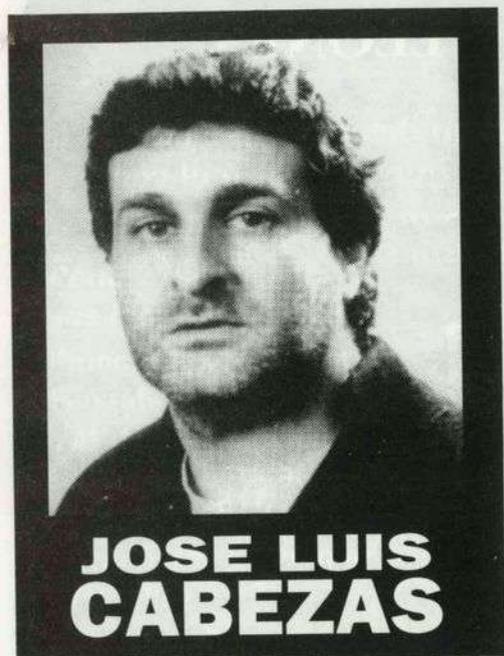
El puerco, entonces, respiró sosegado: ahora se llamaba PUERTO. (...) El día se fue aclarando, él dijo su nombre bajito:

*-Puerto -después lo dijo otra vez para acostumbrarse
-Puerto -y le pareció tan bonito, que lo repitió un poco más alto-: Puerto. ("Angélica", Ligia Bojunga Nunes, Edit. Norma, 1989)*

Ligia Bojunga Nunes es una destacadísima autora brasileña que ha recibido numerosos premios por sus obras para chicos, entre ellos el mayor galardón internacional, el Premio Hans Christian Andersen. "Angélica", uno de sus textos más interesantes, tiene como protagonista a Puerco, un cerdito discriminado en la escuela por no tener familia y objeto de burla de sus compañeros por su condición porcina. Una de las soluciones que Puerco le encuentra a su vida consiste en cambiar su nombre por "Puerto"...

Inspirado o no en Angélica, el motociclista argentino Sebastián Porco, campeón europeo de 1996 en una de las categorías de baja cilindrada, acaba de realizar la misma sustitución de letras para que los italianos lo consideren "puerto" y no "puerco". ¿Encontrará Sebastián Porco su Angélica?

Un minuto de silencio contra la impunidad

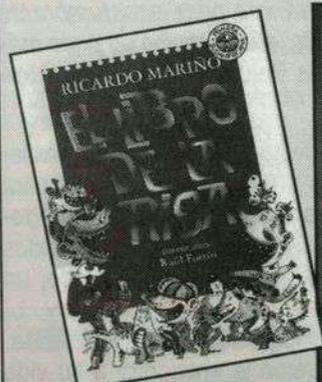


Escritores y profesionales nucleados en ALIJA expresamos nuestro dolor e indignación ante el asesinato de José Luis Cabezas. Es éste un crimen de lesa humanidad, que no prescribe ni prescribirá aun cuando se pretenda alguna vez sepultarlo en el olvido. Los chicos y jóvenes para los que trabajamos comienzan a preguntarnos qué pensamos sobre esta muerte. Como no queremos refugiarnos en el escepticismo ni en una cómoda distancia, ni –muchos menos– en la resignación, exigiremos, como ciudadanos y como trabajadores de la cultura:

- * Respuestas urgentes y verdaderas.
 - * Justicia para los culpables que pretendieron arrojarnos a la cara la iniquidad de esta muerte, ejecutada como un soberbio “efecto de demostración”.
 - * Respeto a la víctima, puesto que no es precisamente José Luis quien debe ser investigado.
 - * Que la impunidad no sea un error recurrente en nuestra historia.
- Estaremos haciendo un minuto de silencio el día 25, en que recordaremos a José Luis Cabezas.

Ana María Ramb
Presidenta ALIJA

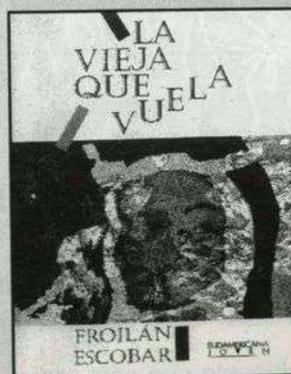
NOVEDADES - NOVEDADES - NOVEDADES 1997



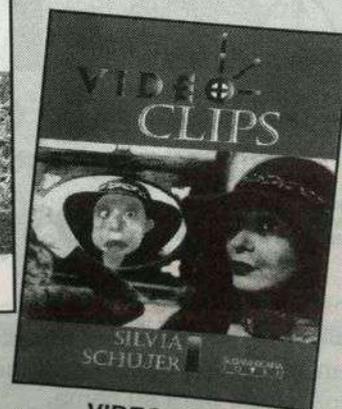
EL LIBRO DE LA RISA
Ricardo Mariño



JACINTO
Graciela Cabal



LA VIEJA QUE VUELA
Froilán Escobar



VIDEO CLIPS
Silvia Schujer

Editorial Sudamericana

Humberto Primo 531 - 1103 Buenos Aires - ☎ (01) 362-1332/1222/1616

En la puritana Inglaterra de la Reina Victoria, Lewis Carroll escribió un libro para chicos audaz, inteligente y sin moralejas, considerado hoy un clásico de la literatura universal.

por **Ricardo Mariño**

En la tarde del 4 de julio de 1862 un bote se desplazaba por un afluente del Támesis, cerca de Oxford, llevando a bordo a dos jóvenes clérigos y tres niñas. Uno de los religiosos remaba y el otro, el Reverendo Dogson, tartamudeaba una descabellada historia que causaba especial impresión en la pequeña Alicia Liddell de diez años, hija del Decano del colegio donde Dogson daba clases de matemáticas. Al parecer, ése fue el marco de gestación del excepcional *Alicia en el país de las maravillas*, libro favorito de grandes escritores, preferido de la reina Victoria (ridiculizada en el capítulo VIII), explorado por psicoanalistas y lógicos y siempre discutido en cuanto a la conveniencia de su circulación entre los lectores infantiles, pese a la inmediata aceptación que tuvo entre éstos. Publicado en 1865, en 1869 ya contaba con veintiséis ediciones. Todavía a fines del siglo XIX, mientras se multiplicaban las traducciones, se seguía editando en Inglaterra en tiradas de ochenta mil ejemplares.

Charles Dogson nació en Daresbury, Lancashire, el 27 de enero de 1832. De su padre heredó la pasión por los problemas teológicos, por las matemáticas y los clásicos griegos. Desde muy chico inventó juegos y entretenimientos para divertir a sus ocho hermanas y redactó revistas humorísticas para consumo familiar. De adolescente publicó la revista escolar "El paraguas de la rectoría". De adulto reservó su verdadero nombre para escribir libros sobre matemática y lógica y adoptó el seudónimo Lewis Carroll para firmar los cuentos infantiles.

Carroll era un hombre tímido que tenía enormes dificultades para relacionarse con los adultos y se recluía en el trato con niñas: "Ellas constituyen las tres cuartas partes de mi vida". Sus grandes amigas fueron las niñas Alice Lidell en los años sesenta, Gertrude Chataway en los setenta, Isa Bowman en los ochenta y Enid Stevens en los noventa. En todos los casos cuando las niñas llegaron a la pubertad la amistad se esfumó.

Lewis Carroll

Considerado pionero de la fotografía, Carroll retrató a grandes personajes de la época (Carlyle, entre ellos) pero también (o demasiado) a niñas vestidas o desnudas y eso ha alimentado el deporte de las interpretaciones: las menos desfavorables lo consideran un doctor Jekyll y Mr. Hyde (prólogo de la edición de *Alicia...* de editorial Cátedra), pero otras, como la del prólogo de Editorial Porrúa, propalada por Sergio Pitol (!) asegura que "con el tiempo él mismo (Carroll) se convirtió en una especie de niña vieja. Sus fotografías muestran esa evolución hacia una femineidad de rasgos cada vez más pronunciada".

Esas zonas oscuras de la vida de Carroll no fueron las únicas razones que obstaculizaron y todavía interfieren en la llegada de *Alicia en el país de las Maravillas* y *A través el espejo*, al público infantil. El otro haz de objeciones puede resumirse en la opinión del matemático, ensayista y filósofo norteamericano Martin Gardner, autor de *Alicia anotada*, quien asevera que los libros de Carroll no son "ni moral ni intelectualmente aptos para menores" y que habría que suprimirlos de las bibliotecas infantiles y trasladarlos a la sección adultos con oportunos comentarios.

La parte "intelectual" de la objeción refiere a la imposibilidad de los niños de entender las fascinantes construcciones lógicas que enhebran el argumento de *Alicia*, los planteos ficcionales sobre la naturaleza del tiempo, los recurrentes juegos de palabras, los "diálogos" entre concepciones filosóficas, o los numerosos y exquisitos disparates ontológicos en que abunda la obra. Sin duda es cierto que un niño no puede estar a la altura de las interpretaciones de un especialista en Lógica, pero no lo es menos que la inmensa mayoría de los adultos, entre ellos el que esto escribe, también chocaría con esa imposibilidad. Así, *Alicia* sería un texto sólo apto para eruditos. Este caso de racismo lector tal vez sea producto de una concepción inflaciona-

FIGURAS

ria del elemento "saber". ¿Sólo juegos del saber adulto hay en *Alicia*?

El libro de Carroll es, como tantos clásicos de la literatura para chicos, un viaje a un país exótico. En ese viaje aparecen los tópicos tradicionales de esta producción: achicamientos y agrandamientos, disparates, reyes despóticos, animales humanizados o humanos caricaturizados en un envase animal, desvalimiento del protagonista infantil, etc., pero por sobre todas las cosas la problematización ficcional de las angustias del crecimiento infantil, hiperbolizadas por el tratamiento onírico. La puesta en ficción de esas angustias, eso que capítulo a capítulo parece no tener salida, y las parodias a la justicia, a la reina o a los libros con moraleja, debe ser lo que motivó a Gardner para sancionar también moralmente a *Alicia*.

Al margen de eso, lo que el libro de Carroll pone en evidencia a través de los años es un problema de política de los géneros que se podría expresar a través de una pregunta: ¿cómo puede pertenecer al conjunto de los lectores culturalmente subdesarrollados semejante obra? Las cosas podrían quedar en su lugar si ubicáramos a *Alicia* entre los textos que, como *Moby Dick*, *Hamlet* o *Edipo Rey*, motivan montañas de interpretaciones. Sin dejar de ser, en primer lugar, porque así se lee, aunque el lector sea adulto, un libro para niños. Porque por sobre todas las consideraciones el texto de Carroll le habla a un lector niño.

Tampoco el campo "literatura infantil" asimiló fácilmente el libro de Carroll. Y no porque haya producido opiniones expresadas en un sentido negativo, aunque las adaptaciones que alivianan el texto en algún sentido expresan ese punto de vista, sino porque llama la atención la enorme cantidad de libros para chicos escritos de espaldas a *Alicia*. ¿Cómo, a lo largo de décadas y décadas, gravitaron en



Lewis Carroll en 1863

la escritura de libros para chicos libros moralizantes, maniqueos, llenos de gravedad y enseñanzas como los ridiculizados por el propio Carroll en el capítulo de la Duquesa? Los juegos de palabras, el humor y el absurdo, las aventuras, el espesor dramático, empezaron a ser aceptados en el mundo de los libros para chicos, al menos en la Argentina, recién en los últimos años, pese a la presencia pionera de María Elena Walsh desde mucho antes.

En fin, *Alicia* sigue siendo uno de los libros más bellos, audaces e "infantiles" de todo el conjunto de libros para chicos. El autor de este clásico cuya influencia se advierte en el surrealismo, en Kafka, en el *Finnegans Wake* de Joyce, en Borges y en Ionesco solía rehuirle a los comentarios de adultos sobre su obra literaria o entre tartamudeos remitía al lector a sus ensayos sobre Euclides o a su libro sobre Lógica. "El porqué de un cuento como éste no puede ni necesita ser puesto en palabras. Para aquellos a cuyos ojos un niño es un libro sellado, incapaces de atisbar lo que hay de divino en una infantil sonrisa, esas palabras serían vanas; el que haya amado tan siquiera una vez verdaderamente a un niño no las necesita". Palabras de Lewis Carroll.

Obra literaria de Lewis Carroll (1832-1898)

Alicia en el país de las maravillas (1865)

Al otro lado del espejo (1872)

La caza del Snark (1876)

Silvia y Bruno (1888)

Silvia y Bruno -segunda parte- (1889)

Cerdo a la pimienta

Fragmento del capítulo VI de
Alicia en el País de las Maravillas
(Traducción de Graciela Montes)

—¡Toma! ¡Puedes acunarlo un poco si quieres! —le dijo la Duquesa a Alicia, arrojándole el bebé en los brazos—. Yo tengo que arreglarme para ir a jugar al croquet con la Reina.

Y diciendo esto salió de la habitación.

La cocinera le tiró con una sartén, pero le pasó raspando. Alicia atrapó al bebé en el aire, con cierta dificultad ya que se trataba de una criatura de formas extrañas, que agitaba sus piernas y brazos en todas direcciones, “como una estrella de mar”, pensó Alicia. El pobrecito estaba resoplando como una locomotora cuando Alicia lo atajó, se enroscaba y volvía a estirarse sin cesar, y se movía tanto y con tanta violencia que Alicia apenas si pudo sostenerlo en los primeros momentos.

En cuanto descubrió cuál era el mejor método para tenerlo en brazos (que consistía en doblarlo en una especie de nudo y luego apretar con fuerza su oreja derecha y su pie izquierdo, para evitar que se desanudase), lo llevó al aire libre.

“Si no me llevo a este chico de aquí”, pensó Alicia, “seguro que lo matan en un par de días más”. Y luego agregó en voz alta:

—Sería un verdadero crimen abandonarlo.

Fue ahí cuando oyó que el pobrecito bebé, que ya había dejado de estornudar hacía rato, le respondía con una especie de gruñido.

—No gruñas —lo reprendió Alicia—; ése no es modo de expresarse.

El bebé volvió a gruñir, y Alicia se inclinó para mirarle la cara, ansiosa por saber qué le estaba ocurriendo. No cabía duda de que ese bebé tenía una nariz extremadamente respingada, mucho más parecida a un hocico, en realidad, que a una nariz, y que sus ojos, además, se habían achicado demasiado para pasar por ojos de bebé. A Alicia le pareció más bien feúcho en conjunto.

“Tal vez sólo estaba sollozando”, pensó, y volvió a mirarle los ojos para ver si los tenía llenos de lágrimas.

No, no había lágrimas.

—Si piensas convertirte en cerdo, querido mío— dijo Alicia con toda seriedad—, no esperes que siga ocupándome de ti.

Así que ¡cuidadito con lo que haces!

El pobrecito volvió a sollozar (o a gruñir, era imposible saberlo con certeza), y siguieron caminando durante un rato en silencio. Alicia estaba a punto de preguntarse qué iba a hacer con esa criatura en cuanto llegase de vuelta a su casa, cuando la criatura volvió a gruñir, y con tal violencia esta vez que Alicia lo miró con cierta alarma. Esta vez no podía

cabrer la menor duda: era un cerdo, ni más ni menos, y Alicia sintió que era ridículo seguir llevándolo en brazos. De modo que dejó a la criaturita en el suelo y se sintió muy aliviada cuando lo vio trotar tranquilamente rumbo al bosque.

—Se habría convertido en un chico horrible con el tiempo —se dijo—, pero, en cambio, como cerdito es bastante lindo. Y estaba empezando a pasar revista a otros chicos que ella conocía y que podían haberse desempeñado muy bien como cerditos, “con tal que uno supiese el método para transformarlos...”, cuando se sobresaltó al ver al Gato de Cheshire sentado en una rama de un árbol, a pocos metros de donde ella estaba.

El Gato se limitó a sonreír cuando la vio a Alicia. Alicia pensó que parecía muy afable, aunque notó igualmente que tenía uñas muy largas y muchísimos dientes, razón por la cual correspondía que se lo tratase con sumo respeto.

—Minino de Cheshire— comenzó a decir, con cierta timidez, ya que no estaba segura de que le gustase que lo llamaran así.

El Gato no hizo sino ensanchar su sonrisa.

“Bueno, por ahora parece contento”, pensó Alicia y siguió preguntando:

—¿Sería tan amable de decirme por dónde tengo que ir?

—Bueno, eso depende en gran medida de adónde quieras ir —respondió el Gato.

—En realidad no me importa demasiado adónde... —empezó a decir Alicia.

—En ese caso no importa demasiado por dónde —la interrumpió el Gato.

—...lo que quiero decir es que no importa demasiado adónde vaya con tal de llegar a alguna parte —se explicó Alicia.

—Oh, casi seguro que llegarás a alguna parte si caminas lo suficiente —dijo el Gato.

Alicia se daba cuenta de que ésa era una verdad innegable, de modo que intentó con otra pregunta:

—¿Qué clase de gente vive por acá?

—Hacia allá —dijo el Gato, señalando con su pata derecha— vive el Sombrero; y hacia allá —agregó señalando con la otra pata— vive la Liebre de Marzo. Puedes ir a visitar a cualquiera de los dos: ambos están locos.

—Pero yo no quiero ir adonde haya locos —puntualizó Alicia.

—Lamentablemente, eso es algo que no puedes evitar— dijo el Gato—; todos estamos locos acá. Yo estoy loco. Tú estás loco.

—¿Cómo sabe usted que yo estoy loca? —preguntó Alicia.

—Seguro que lo estás: la prueba está en que llegaste hasta acá.

Alicia no creía que eso fuese prueba de nada, pero de todos modos siguió preguntando:

—¿Y cómo sabe que usted mismo está loco?

—Bueno, veamos. Para empezar —dijo el Gato—, un perro no es un loco. ¿Estás de acuerdo con eso?

—Sí, supongo que sí.

—Sigamos entonces —prosiguió razonando el Gato—. Como bien sabrás, los perros mueven la cola cuando están contentos y gruñen cuando están enojados. Bueno: yo gruño cuando estoy contento y muevo la cola cuando estoy enojado. Por lo tanto, estoy loco...

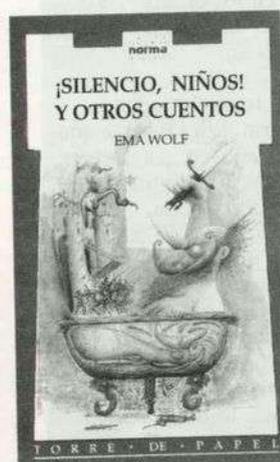
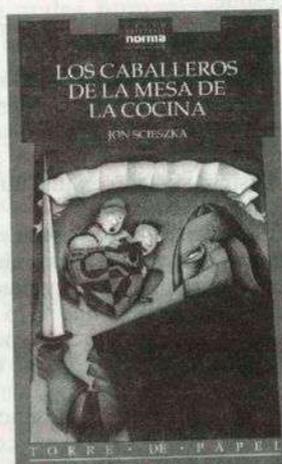


Alicia y el niño/cerdito, según Tenniel

Novedades

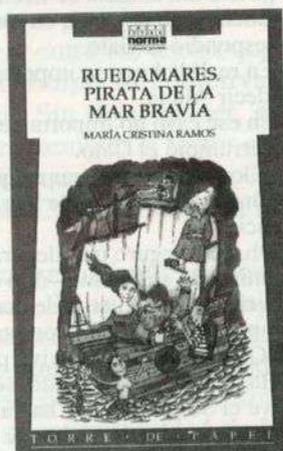
TORRE DE PAPEL

**Los caballeros
de la mesa
de la cocina**
Jon Scieszka



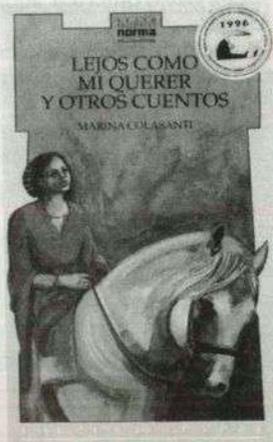
**¡Silencio, niños!
y otros cuentos**
Ema Wolf

Ruedamares
María Cristina Ramos



**Lo único
del mundo**
Ricardo Mariño

**Lejos como
mi querer**
Marina Colasanti



**El abogado
del marciano**
Marcelo Birmajer

GRUPO
EDITORIAL
norma
INFANTIL • JUVENIL

Moreno 372

Teléfono 331-8131

1091 Buenos Aires

El topo

por John Steinbeck

Un topo ya crecido instaló su residencia en la espesura de un soto de malvas en el terreno baldío de Cannery Row. Era un lugar perfecto. Las malvas eran deliciosas y de un verde profundo, y se alzaban frágiles yuntuosas, y a medida que maduraban sus quesillos pendían provocativos. La tierra también era perfecta para la cueva de un topo, negra y blanda, pero con algo de arcilla para que no se desmoronara y los túneles no se hundieran. El topo era gordo y bruñido, y llevaba siempre un montón de comida entre los carrillos. Sus orejas pequeñas estaban limpias y bien asentadas y sus ojos eran tan negros como cabezas de alfileres antiguos, y casi del mismo tamaño. Sus manos excavadoras eran fuertes y la piel de su lomo era de un marrón lustroso, y la pelusa de cervatillo de su pecho era increíblemente blanda y abundante. Tenía los dientes amarillos, largos y combados, y el rabo corto y pequeño. Llegó hasta ese lugar caminando y le pareció bueno y empezó su cueva en un pequeño montículo desde el que podía espiar por entre el soto de malvas y ver pasar los camiones por Cannery Row. Podía ver los pies de Mack y los muchachos cuando cruzaban el baldío hacia el Tugurio Palace. A medida que escarbaba en la tierra negra como el carbón, la encontraba aún más perfecta, porque había grandes

rocas bajo el suelo. Cuando hizo su gran habitación para almacenar comida, la construyó bajo de una roca para que nunca se derrumbara por mucho que lloviera. Era un lugar donde podría instalarse y criar cualquier número de familias, y la cueva podría extenderse en todas las direcciones. Todo era hermoso en la madrugada, cuando asomaba por primera vez la cabeza fuera de la cueva. Las malvas filtraban la luz verde que llegaba hasta él y los primeros rayos del sol que se levantaba se reflejaban dentro de su cueva y la entibiaban, y



entonces él se echaba en el suelo y permanecía satisfecho y confortable.

Cuando hubo escarbado su gran habitación y sus cuatro salidas de emergencia y su cámara a prueba de inundaciones, el topo empezó a almacenar comida. Sólo cortaba los mejores tallos de las malvas y del largo exacto que necesitaba, y los llevaba al agujero y los apilaba aplicadamente en su gran habitación, y los arreglaba de manera que no fueran a fermentar ni a ponerse ácidas. Había encontrado el lugar perfecto para vivir. No había jardines alrededor, por lo tanto nadie pensaría en colocar una trampa para él. Había gatos, y muchos, pero estaban tan hartos de cabezas de pescado y tripas provenientes de las enlatadoras que hacía mucho que habían abandonado la caza. El suelo era suficientemente arenoso, de manera que el agua nunca formaba charcos ni obstruía durante demasiado tiempo el agujero. El topo trabajó y trabajó hasta que tuvo su gran habitación llena de comida. Entonces hizo pequeñas habitaciones a los costados, para los futuros bebés. En unos pocos años su progenie serían miles de topos que se echarían al mundo desde el hogar natal.

Pero a medida que pasaba el tiempo, el topo empezó a impacientarse, ya que no aparecía ni una sola hembra. Durante las mañanas se sentaba en la entrada de la cueva y emitía penetrantes chillidos, inaudibles para el oído humano, pero que otros topos podían oír a través de lo profundo de la tierra. Sin embargo, ninguna hembra apareció. Al fin, en un arrebatado de impaciencia, subió por la huella hasta que encontró la cueva de otro topo. Chilló provocativamente en la entrada. Oyó un crujido y sintió olor a hembra y entonces salió del agujero un topo macho cubierto de cicatrices que lo aporreó y lo mordió tanto que tuvo que arrastrarse hasta su casa y quedarse en su gran habitación durante tres días para recuperarse y perdió tres dedos de una garra delantera en la pelea. De nuevo esperó y chilló junto a su hermosa cueva en su hermoso lugar, pero ninguna hembra llegó jamás y después de un tiempo tuvo que mudarse. Tuvo que mudarse dos cuerdas cuesta arriba, a un jardín de dalias donde ponían trampas todas las noches.

John Steinbeck,

novelista norteamericano, nació en 1902 y murió en Nueva York en 1968. Sus obras, de estilo sencillo, reflejan los problemas de su tierra y están escritas con vigoroso realismo. En 1962 le fue concedido el Premio Nobel de Literatura. Entre sus novelas, se destacan: *Hombres y ratas*; *La perla*; *Al este del Paraíso*; *Viñas de ira* y *Fiesta en familia*, (Ed. Sudamericana), de donde fue extraído el fragmento publicado.

¿Qué pasa, Mecha?

por Ema Wolf

Mecha trataba de enseñarles a sus alumnos a hacer cuentas. Muy fáciles, sumas y restas simples. Uno más uno, dos más dos... Estaba empecinada, la pobre. No tenía muchas esperanzas de que aprendieran, pero después de todo ése era su trabajo: enseñarles las cuentas. Mientras ella hablaba y escribía números en el pizarrón de la izquierda, sus alumnos miraban una arañita que caminaba por el techo. Como de costumbre, papaban moscas.

—Ahora díganme: ¿cuánto es tres más tres? —preguntó Mecha, sin dejar de escribir.

La pregunta los tomó por sorpresa. Se miraron confundidos. ¿De dónde se descolgaba la maestra con eso de “tres más tres”? ¿Tres qué? ¿De qué estaba hablando? No estaban preparados ni remotamente para resolver *ya mismo* un asunto semejante. En esos casos lo mejor era no contestar. Cuando ellos no contestaban —ya sabían— la maestra se contestaba a sí misma. Y así fue. Esta vez hasta se felicitó:

—Muy bien —dijo Mecha—, tres más tres son seis. Se sintieron contentos por Mecha. Según ella, había acertado con la respuesta. Un triunfo merecido. ¡Bien por Mecha! No era nada mala para las cuentas. Vuelta a papar moscas. Dejaron de mirar la arañita y se pusieron a mirar la mancha de humedad. La maestra siguió con los números y los garabatos sobre el pizarrón. Estaba blanca de tiza, muy concentrada en lo suyo. Pensaron que lo mejor era no molestarla.

—Presten atención a esto. Quiero que entiendan bien la suma. Fíjense en lo que voy a dibujar.

En ese momento se abrió la puerta del aula y entró el ratón Mickey. Lo reconocieron enseguida por las orejas, los pantaloncitos con tiradores y los zapatones. Se sentó entre ellos, en un banco que encontró desocupado.

Los alumnos dejaron de mirar la mancha de humedad y se dedicaron a mirar al ratón Mickey. No era alto. Así, sentado, no llegaba a tocar el suelo con los pies. Igual que ellos. Que tampoco eran altos y les quedaban las zapatillas colgando.

La maestra casualmente estaba dibujando unos ratones. Observaron que no le salían nada bien. Comparados con Mickey, los ratones de la maestra eran feos. En blanco y negro, desabridos, sin ninguna

gracia. Mickey, en cambio, tenía manos de guante, pantalones colorados y un hocico vistoso.

—Si yo tengo dos ratones —atacó Mecha— y aparecen dos ratones más. ¿Cuántos ratones hay en total?

—Cinco —le contestaron, sin ninguna vacilación.

Mecha apoyó la frente contra el pizarrón y le salió un quejido de la garganta. En la garganta tenía el alma. Cuando ella se quejaba así, con el alma, era porque algo andaba mal.

El gesto los sorprendió. ¿Qué andaba mal? ¿Se habían equivocado en la cuenta? De ninguna manera. En total había cinco ratones. Los cuatro del pizarrón, más la visita.

Mickey no parecía interesado en la clase. Tampoco le molestaba el ruido que hacía Mecha raspando la uña contra el pizarrón. A ellos sí les molestaba. El ruido les estropeaba los dientes. Le habían dicho mil veces que se cortara las uñas.

Mickey sacó un queso con agujeros y se puso a comer.

A los alumnos les pareció normal que un ratón comiera queso con agujeros. ¿Qué otra cosa iba a comer? Se concentraron en el olor del queso.

Mecha avanzaba ahora hacia la resta. Hoy les iba a enseñar también la resta. Estaba decidida. Tal vez tuviera más suerte que con la suma.

Ocupó el pizarrón de la derecha y se puso a dibujar quesos.

Se dieron cuenta de que eran quesos porque la semana anterior había dibujado los derivados de la leche, y el queso que dibujó entonces era igual a esas cosas que ahora estaba dibujando. Sin duda, Mecha era mucho mejor para las cuentas que para el dibujo.

El ratón Mickey comía con una mano, y con la otra se limpiaba la boca. No parecía dispuesto a dejar ni una miga del queso. Ni siquiera las migas de los agujeros. Los alumnos miraban cómo desaparecían el queso y sus agujeros entre los cachetes de Mickey.

Mecha seguía entusiasmada con la resta.

—Escuchen bien. Si yo tengo dos quesos y un ratón se come uno, ¿cuántos quesos quedan?

Los alumnos observaron que Mickey estaba tragando el último pedazo.

—Ninguno.

Mecha dejó caer la tiza al suelo. Apoyó un brazo sobre el pizarrón, la frente sobre el brazo, y lloró. ¡No

podía con esas cabezas de adoquines! ¡Nunca, nunca podría! La suma y la resta seguirían siendo misterios eternos para ellos.

Levantó los ojos, como pidiendo ayuda al cielo, o al techo... En el techo estaban sólo la araña y la mancha de humedad.

Entre desconsolada y furiosa, preguntó:

-¿Pero se puede saber en qué están pensando?!

-En el ratón Mickey -le contestaron.

Y era verdad, porque en ese momento el ratón se iba y ellos lo saludaban con la mano. Por lo visto, había venido nada más que a comer su queso tranquilo.

Cuando por fin Mecha se dio vuelta, claro, no lo vio, Mickey ya no estaba. Del bolsillo del delantal sacó un pañuelito para secarse las lágrimas. Hipaba y sacudía la cabeza.

Sus alumnos la miraron inquietos. Se preocuparon seriamente por ella. La vieron tan desalentada...

-¿Y ahora qué pasa, Mecha?

Ema Wolf es licenciada en Letras y periodista. Sus obras se caracterizan por una fuerte presencia del absurdo y el humor. Es autora, entre otros libros de *La aldorranda en el mercado* (Lista de Honor Ibby 1992); *Perafán de Palos*; *Los imposibles* (Premio Banco del Libro, Venezuela, 1989); *Maruja* (Selección The White Ravens 1990); *Fámili e Historias a Fernández* (Lista de Honor Ibby 1996).

Fábulas salvajes

por **Marcelo Birmajer**

Piel de león

En aquellos tiempos en que el león aún era el rey de la selva, un burro se disfrazó con una piel del animal soberano.

Iba el burro oculto bajo su piel de león, asustando a los tigres, a las jirafas y a sus propios amigos. De pronto, una cigüeña vio asomar la punta de la oreja del asno y gritó: -¡Es un burro, un burro oculto bajo piel de león!

Rodearon todos los animales al farsante. Poco dispuestos a aceptar bromas, se le acercaban con asesinas intenciones; en la mano del mono brilló un cuchillo y el león se disponía a dar la primera dentellada.

El burro, ligero, arrebató con sus dientes el cuchillo del mono, hace un largo y longitudinal corte en la piel del león que está por morderlo y grita:

-Miren, miren lo que hay bajo su piel. Carne, sangre, huesos, es como todos nosotros. Su sangre es roja como la nuestra, sus huesos blancos como los nuestros: nada lo autoriza a ser rey. ¡Él también se esconde bajo una piel de león.



La voluntad del león

El león, a punto de morir, llamó a todos los animales.

Una vez que los hubo reunido en el palacio, les habló así:

-Queridos súbditos, ahora que la muerte me hace esclavo, deseo para vosotros la libertad, que ningún otro de mi raza sea amo de ustedes como yo lo fui, que...

No pudo terminar de hablar. El burro lo había eliminado de una coz en la cabeza.

-¿Qué has hecho, ingrato -le gritaron los demás animales-. Nos estaba liberando.

-Ahora podemos gritar que somos libres -les respondió el burro-. De otro modo, sólo hubiéramos cumplido su última voluntad.

Marcelo Birmajer nació en Buenos Aires en 1966. Ha incursionado en los más diversos géneros de escritura: la historieta, el periodismo y el humor. También es autor de guiones para cine, teatro y TV. Escribió un ensayo sobre historieta, *La imaginación al cuadrado*, que fue premiado por la revista *Cultura*. *El alma al diablo* y *Un crimen secundario* son algunas de sus novelas. Los textos publicados por *La Mancha* pertenecen a su reciente libro *Fábulas salvajes* (Ed. Sudamericana).

Poesías

por **Laura Devetach**

De esquina a esquina

Chist, chist.
¿Es que no vas a escucharme?
El chistido me florece
de las ganas de alcanzarte.

Chist, chist.
¿Es que no vas a esperarme?
Estoy tan sola y te veo
en la punta de la calle.

Chist, chist,
grito tu nombre y no sale.
Hoy se me rompió el oteño
y casi nadie lo sabe.

(De *Milongas tamaño alpiste*.
Ed. Sudamericana)



Pozo redondo

Erase un pozo redondo
réquete hondo
pozo sin fondo.
Tiro un poema
tiro un lápiz
tiro un papel
que van cayendo
y van a caer
en el pozo redondo
réquete hondo
pozo sin fondo.

(De *Versos del pozo redondo*.
Ed. Colihue)

Coplas del haragán

Haragancito me dicen
que por tanto haraganear
tomo el guiso con bombilla
sólo por no masticar.

No me gusta andar corriendo
ni tomar leche con nata
pero si tocan milongas
se me alborotan las patas.

Haragán haragancito
que no huele los jazmines
por no estirar el pezcueso
por no doblar los botines.

Ni se baña ni se peina
ni toma el mate cocido
que le pesa la cuchara
que el agua lo pone frío.

Haragán haragancito
si le viene la sueñera
baile un tango con diez dedos
búsquese una compañera.

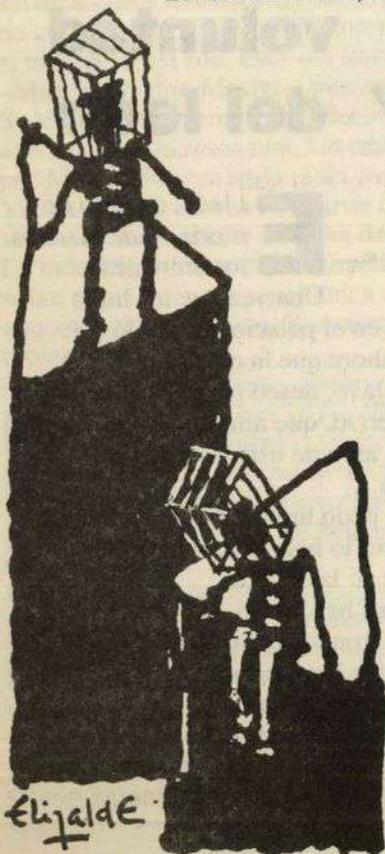
(De *Una caja llena de*. Ed. Colihue)

Laura Devetach nació en Reconquista, Santa Fe, en 1936. Hizo la carrera de Letras en la Universidad Nacional de Córdoba. Periodista, investigadora, docente, su interés fundamental se centró en la escritura de cuentos y poesías para niños y adultos. Entre sus obras más importantes figuran: *La torre de cubos* (Premio Estímulo del Fondo Nacional de las Artes); *Monigote en la arena* (Premio Casa de las Américas, Cuba, 1975); *El hombrecito verde y su pájaro*; *La loma del hombre flaco*; *Para que sepan de mí*; *Oficio de palabrera*.

Aquel mar

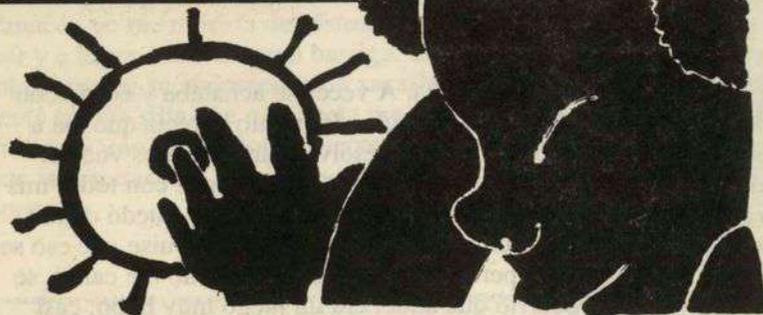
Aquel mar tenía un pez
aquel pez tenía una espina
que servía de agujita
para coser a las olas
que se rompen en la esquina
de aquel mar que tiene un pez
un pez que tiene una espina.

(De *Versos del pozo redondo*.
Ed. Colihue)



Poesías

por Nicolás Guillén



Elizalde

Canción de cuna para despertar a un negrito

Una paloma
cantando pasa:
-¡Upa, mi negro,
que el sol abrasa!
Ya nadie duerme,
ni está en su casa;
ni el cocodrilo,
ni la yaguaza,
ni la culebra,
ni la torcaza...

Nicolás Guillén, poeta cubano, nació en Camagüey en 1902 y murió en La Habana en 1989. Es autor de *Motivos del son*; *Sóngoro Cosongo*; *España, poema en cuatro angustias y una esperanza* y *El son entero*, entre otros. Ha sostenido la presencia del negro dentro de la poesía contemporánea como un hecho reivindicativo en la conformación de la cultura de América. Los poemas fueron extraídos de *La paloma de vuelo popular* (Editorial Losada).

Coco, cacao,
cacho, cachaza,
¡upa, mi negro,
que el sol abrasa!
Negrazo, venga
con su negraza.
¡Aire con aire,
que el sol abrasa!
Mire la gente,
llamando pasa;
gente en la calle,
gente en la plaza;
ya nadie queda
que esté en su casa...
Coco, cacao,
cacho, cachaza,
¡upa, mi negro,
que el sol abrasa!

Negrón, negrito,
ciruela y pasa,
salga y despierte,
que el sol abrasa;
diga despierto
lo que le pasa...
¡Que muera el amo,
muera en la brasa!
Ya nadie duerme,
ni está en su casa:
¡coco, cacao,
cacho, cachaza,
upa, mi negro,
que el sol abrasa!

La muralla

Para hacer esta muralla,
tráiganme todas las manos:
los negros, sus manos negras,
los blancos, sus blancas manos.

Ay,
una muralla que vaya
desde la playa hasta el monte,
desde el monte hasta la playa, bien,
allá sobre el horizonte.

-¡Tun, tun!
-¿Quién es?
-Una rosa y un clavel...
-¡Abre la muralla!

-¡Tun, tun!
-¿Quién es?
-El sable del coronel...
-¡Cierra la muralla!

-¡Tun, tun!
-¿Quién es?
-La paloma y el laurel.
-¡Abre la muralla!

-¡Tun, tun!
-¿Quién es?
-El alacrán y el ciempiés...
-¡Cierra la muralla!

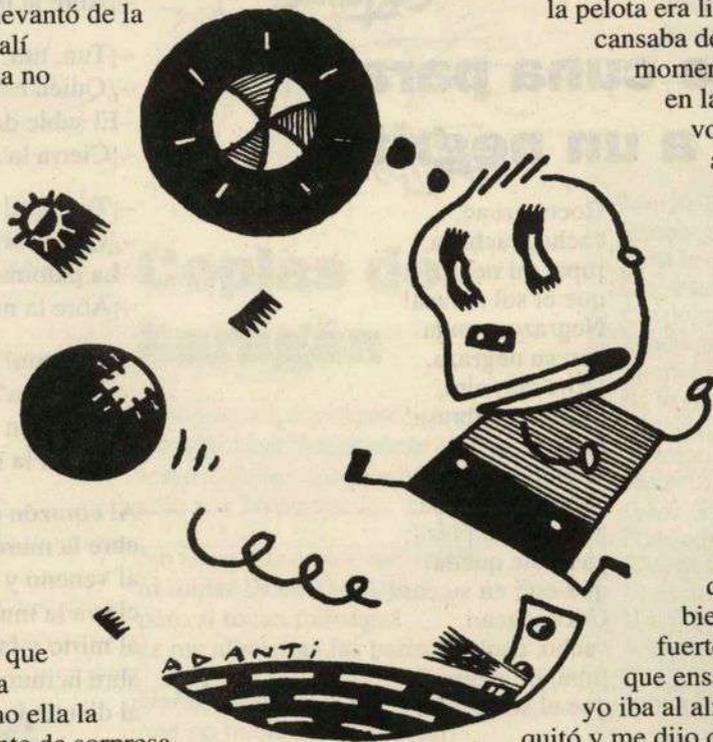
Al corazón del amigo,
abre la muralla;
al veneno y al puñal,
cierra la muralla;
al mirto y la yerbabuena,
abre la muralla,
al diente de la serpiente,
cierra la muralla;
al ruiseñor en la flor,
abre la muralla...

Alcemos una muralla
juntando todas las manos;
los negros, sus manos negras,
los blancos, sus blancas manos.
Una muralla que vaya
desde la playa hasta el monte,
desde el monte hasta la playa, bien,
allá sobre el horizonte...

La pelota

por Felisberto Hernández

Cuando yo tenía ocho años pasé una larga temporada con mi abuela en una casita pobre. Una tarde le pedí muchas veces una pelota de varios colores que yo veía a cada momento en el almacén. Al principio mi abuela me dijo que no podía comprármela, y que no la cargoseara; después me amenazó con pegarme; pero al rato y desde la puerta de la casita —pronto para correr— yo le volví a pedir que me comprara la pelota. Pasaron unos instantes y cuando ella se levantó de la máquina donde cosía, yo salí corriendo. Sin embargo ella no me persiguió: empezó a revolver un baúl y a sacar trapos. Cuando me di cuenta que quería hacer una pelota de trapo, me vino mucho fastidio. Jamás esa pelota sería como la del almacén. Mientras ella la forraba y le daba puntadas, me decía que no podía comprar la otra y que no había más remedio que conformarse con ésta. Lo malo era que ella me decía que la de trapo sería más linda; era eso lo que me hacía rabiar. Cuando la estaba terminando, vi como ella la redondeaba, tuve un instante de sorpresa y sin querer hice una sonrisa; pero en seguida me volví a encaprichar. Al tirarla contra el patio el trapo blanco del forro se ensució de tierra; yo la sacudía y la pelota perdía la forma; me daba angustia de verla tan fea; aquello no era una pelota; yo tenía la ilusión de la otra y empecé a rabiar de nuevo. Después de haberle dado las más furiosas “patadas” me encontré con que la pelota hacía movimientos por su cuenta: tomaba direcciones e iba a lugares que no eran los que yo imaginaba; tenía un poco de voluntad propia y parecía un animalito; le venían caprichos que me hacían pensar que ella tampoco tendría ganas de, que



yo jugara con ella. A veces se achataba y corría con una dificultad ridícula; de pronto parecía que iba a parar, pero después resolvía dar dos o tres vueltas más. En una de las veces que le pegué con todas mis fuerzas, no tomó dirección ninguna y quedó dando vueltas a una velocidad vertiginosa. Quise que eso se repitiera pero no lo conseguía. Cuando me cansé, se me ocurrió que aquél era un juego muy bobo; casi todo el trabajo lo tenía que hacer yo; pegarle a la pelota era lindo; pero después uno se cansaba de ir a buscarla a cada momento. Entonces la abandoné en la mitad del patio. Después volví a pensar en la del almacén y a pedirle a mi abuela que me la comprara. Ella volvió a negármela pero me mandó a comprar dulce de membrillo (Cuando era día de fiesta o estábamos tristes, comíamos dulce de membrillo). En el momento de cruzar el patio para ir al almacén, vi la pelota tan tranquila que me tentó y quise pegarle una “patada” bien en el medio y bien fuerte; para conseguirlo tuve que ensayarlo varias veces. Como yo iba al almacén, mi abuela me la quitó y me dijo que me la daría cuando volviera. En el almacén no quise mirar la otra, aunque sentía que ella me miraba a mí con sus colores fuertes. Después que nos comimos el dulce yo empecé de nuevo a desear la pelota que mi abuela me había quitado; pero cuando me la dio y jugué de nuevo me aburrí muy pronto. Entonces decidí ponerla en el portón y cuando pasara uno por la calle tirarle un pelotazo. Esperé sentado encima de ella. No pasó nadie. Al rato me paré para seguir jugando y al mirarla la encontré más ridícula que nunca; había quedado chata como una torta. Al principio me hizo gracia y me la ponía en la cabeza, la tiraba al suelo

para sentir el ruido sordo que hacía al caer contra el piso de tierra y por último la hacía correr de costado como si fuera una rueda.

Cuando me volvió el cansancio y la angustia le fui a decir a mi abuela que aquello no era una pelota, que era una torta y que si ella no me compraba la del almacén yo me moriría de tristeza. Ella se empezó a reír y a hacer saltar su gran barriga. Entonces yo puse mi cabeza en su abdomen y sin sacarla de allí me senté en una silla que mi abuela me arrimó. La barriga era como una gran pelota caliente que subía y bajaba con la respiración. Y después yo me fui quedando dormido.

Felisberto Hernández (1902–1964). Periodista, pianista profesional –acompañaba la proyección de películas mudas–, el escritor uruguayo Felisberto Hernández es una de las figuras más singulares del continente. Adelantado a su época, dueño de una escritura inusual y fascinante, es autor entre otras obras de *Por los tiempos de Clemente Coling*; *El caballo perdido*; *Nadie encendía las lámparas*. Fue traducido al italiano y al francés. *La pelota* está tomado de *El cocodrilo y otros cuentos*, CEAL.

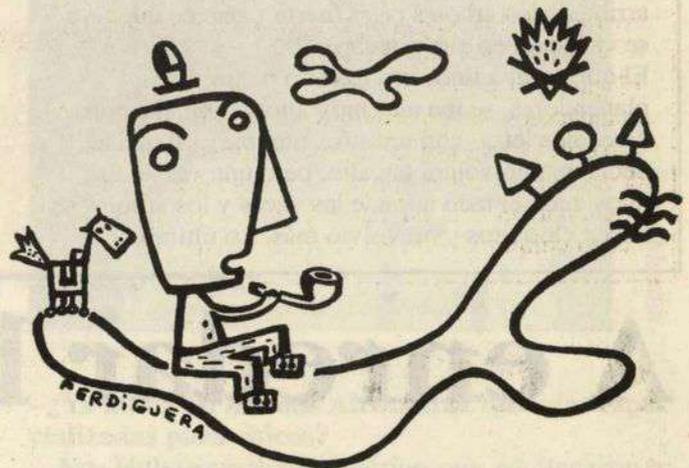
Los dos fósforos

por **Robert Louis Stevenson**

Una vez hubo un hombre que viajaba por los bosques de California, en la estación de la sequía, cuando el viento soplaba fuerte. Había cabalgado mucho tiempo y estaba cansado y enojado, y se apeó del caballo

para fumar una pipa. Buscó en los bolsillos y vio que sólo tenía dos fósforos. Raspó el primero y éste no se encendió.

–Lindo estado de cosas –dijo el viajero–. Me muero por fumar y no me queda más que un fósforo, que



tampoco podré encender. ¿Habrá en la tierra un ser más desdichado que yo? Sin embargo –pensó el viajero–, tal vez pueda encender este fósforo y fumar mi pipa y tirar en el pasto la ceniza. El pasto podría encenderse porque está seco como un leño y acabaría por prender fuego a ese roble que está a unos pasos y después a ese pino lleno de musgo que ardería hasta la copa, y la llama, esa larga antorcha, sería blandida por el viento y arrasaría todo el bosque. Oiré el rugir del viento y del fuego y tendré que espolear mi caballo para salvarme de la muerte y el incendio me perseguirá por los montes. Veré este grato bosque ardiendo día tras día y la hacienda calcinada y los arroyos secos y los granjeros arruinados y los niños sin hogar. ¡Qué terrible destino el de este momento! Raspó el segundo fósforo, que tampoco encendió. –Loado sea Dios –dijo el viajero, y guardó la pipa en el bolsillo.

Robert Louis Stevenson, novelista inglés, es autor –entre otras obras– de *La isla del tesoro* y *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. En sus textos se destacan una fuerte riqueza imaginativa y el certero análisis psicológico de sus personajes. “*Los dos fósforos*” pertenece al libro *Fábulas* (Ed. Legasa). Nació en Edimburgo en 1850 y murió en Samoa (Oceania) en 1894.

El vuelero

por Daniel Retamar

El Tío Neldo nos dijo que si tomábamos la sopa con fideos cabello de ángel también podríamos volar. Mucha sopa, “¡yo quiero más!” “y yo también”. Soplamos y soplamos, aleteando con los brazos, bajando desde las vías, con toda la fuerza impulsando los pies contra la tierra, pegábamos un saltito y fue así como mi hermano y yo aprendimos a volar. Debo confesar que no nos íbamos muy lejos, es que el viento arriba de los árboles pega fuerte y parece que uno se va a caer en algún techo.

El que volaba lindo era nuestro padre, hacía planeadores, se iba alto muy alto y dibujaba con aerosoles letras con nuestros nombres. Mamá le decía que no volara tan alto, pero una vez se fue lejos, para el lado adonde las vacas y los árboles se hacen chiquitos y no volvió más. Lo último que

vimos fue su cara sonriente y él que nos saludaba con tres palomas apoyadas en sus hombros. Pasamos una época que ni ganas tuvimos de volar. Fueron días de mucha lluvia, barro, tortas fritas y llanto. Después de un tiempo en casa mamá sólo cocinó sopas con arroz o con otros fideos, pero por más que soplamos y soplamos no pudimos despegar nuestros pies de la tierra. Así nos fuimos resignando a jugar a la mancha, a las bolitas, al ludo y cada vez tuvimos que estudiar más y más. Los años fueron pasando y siempre me quedaron aquellas sensaciones del vuelo. Así que ahora después de tomar la sopa con cabello de ángel me siento frente a la máquina de escribir y vuelo alto, muy alto.

Tenía razón el Tío Neldo, para volar no hay nada mejor que un buen plato de sopa con cabello de ángel.

Daniel Retamar, autor inédito, nació en Crespo, Entre Ríos, en 1962. Es poeta y se dedica al teatro. En estos momentos realiza trabajos editoriales.

A enredar los cuentos

por Gianni Rodari

—Érase una vez una niña que se llamaba Caperucita Amarilla.

—¡No, Roja!

—¡Ah!, sí, Caperucita Roja. Su mamá la llamó y le dijo: “Escucha, Caperucita Verde...”

—¡Que no, Roja!

—¡Ah!, sí, Roja. “Ve a casa de tía Diomira a llevarle esta piel de patata.”

—No: “Ve a casa de la abuelita a llevarle este pastel.”

—Bien. La niña se fue al bosque y se encontró a una jirafa.

—¡Qué lío! Se encontró al lobo, no a una jirafa.

—Y el lobo le preguntó: “¿Cuántas son seis por ocho?”

—¡Qué va! El lobo le preguntó: “¿Adónde vas?”

—Tienes razón. Y Caperucita Negra respondió...

—¡Era Caperucita Roja, Roja, Roja!

—Sí, y respondió: “Voy al mercado a

comprar salsa de tomate”.

—¡Qué va!: “Voy a casa de la abuelita, que está enferma, pero no recuerdo el camino”.

—Exacto. Y el caballo dijo...

—¿Qué caballo? Era un lobo.

—Seguro. Y dijo: “Toma el tranvía número setenta y cinco, baja en la plaza de la Catedral, tuerce a la derecha, y encontrarás tres peldaños y una moneda en el suelo; deja los tres peldaños, recoge la moneda y cómprate un chicle”.

—Tú no sabes explicar cuentos en absoluto, abuelo. Los enredas todos. Pero no importa, ¿me compras un chicle?

—Bueno: toma la moneda. Y el abuelo siguió leyendo el periódico.

Gianni Rodari (1920–1980) fue maestro, periodista, renovador de la pedagogía y el más importante autor de libros infantiles en la Italia contemporánea. Con más de veinte títulos publicados, en 1970 obtuvo el Premio Hans Christian Andersen. Algunos libros traducidos al español: *Cuentos para jugar*; *Gramática de la Fantasía*; *Cuentos por teléfono* (Ed. Juventud), al que pertenece este cuento.

Entrevero de libros en “La Nube”

Estuvimos con Pablo Medina, responsable del singular “complejo” dedicado a la cultura infantil que integran el Cedimeco y la librería “La Nube”. Un lugar donde lo nuevo, lo antiguo y lo raro se mezclan en caótica armonía.

por Nora Lía Sormani

En la calle Venezuela 3.031 hay un sitio importante para la literatura infantil. Es una casa antigua, repleta de libros de todas las edades, formas y tamaños, entre los que se pasea la muy respetable gata Bubulina. Allí funciona el Centro de Documentación e Información sobre Medios de Comunicación (Cedimeco) y la librería “La Nube”. Su dueño, Pablo Medina, nos cuenta los orígenes, vida y milagros de este emprendimiento del cual tiene razones para estar satisfecho.

—Entre 1972 y ‘75, con un grupo de docentes jóvenes muy activos que habíamos idealizado la gran transformación social desde la educación y la cultura, encaramos el proyecto de crear un centro de documentación. Tenía carácter oficial y pertenecía al viejo Ministerio de Educación. La idea era concentrar en un solo lugar toda la producción de libros infantiles. A diferencia de una biblioteca común, lo centramos en la *cultura* infantil y adolescente: cuentos, novelas, poesía, teatro, ensayos, textos de historia y antropología, publicaciones periódicas, folletos, discos, casetes, títeres... Se trataba de reconstruir parte de la memoria y la historia del país a través de los libros para chicos. En el ‘75, cuando la situación se puso fea, con Ivanisevich a la cabeza del Ministerio iniciando una línea fascista y represora, decidí retirarme de allí con todo el material y empecé a pensarlo como un proyecto privado. Asociado con Martha Dujovne y Marcela Silverberg fundamos la librería “La Nube”, que empezó a operar a principios del ‘76 en Marcelo T. de Alvear al 900. Entre el ‘76 y el ‘77 quedé cesante como docente. Durante la peligrosa época del Proceso —yo debía ser algo así como un tirabombas de ideas y palabras— tuve que desarmar el Centro y distribuir los libros en casa de alumnos y amigos de confianza a quienes no se los podían quitar. Después los recuperé.



Pablo Medina

—¿Ya había en Buenos Aires otras librerías especializadas para chicos?

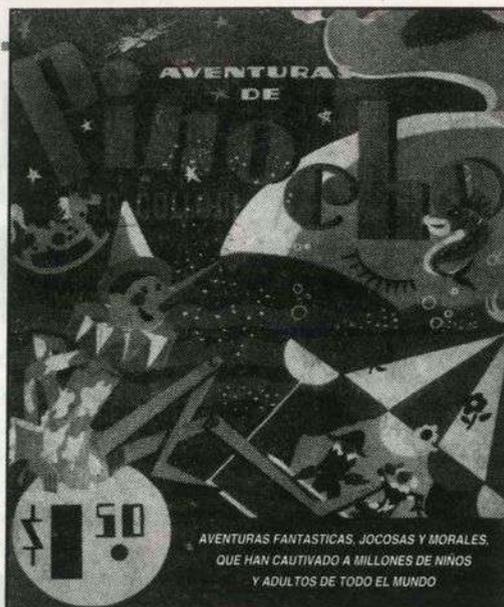
— No. Hubo intentos primarios que no llegaron a constituirse como librerías en el sentido cabal. Dujovne, Silverberg y yo trabajamos juntos hasta el ‘79 pero no pudimos continuar. Fue una época muy dura, no sólo para el libro sino para la cultura en general.

—¿Cuándo se rearma el Centro?

— En el ‘79 se hizo en México un congreso sobre literatura infantil en lengua española en el que también intervinieron los chicanos. Fue muy importante para mí. Viajamos con Laura Devetach, Gustavo Roldán, Martha Salotti, Dora Pastoriza de Etchebarne, María Luisa Cresta de Leguizamón y otra gente del interior. Allí logramos un gran apoyo de los residentes y exiliados. Cuando vuelvo, en el ‘80, me meto otra vez con la librería y empiezo a pensar en retomar el Centro de Documentación. Trasladé la librería a un departamento que alquilé acá al lado, en Venezuela 3.029. Tremendo error, porque ésta no era una zona para librerías. A cada rato llegaba la inspección municipal. Como lo mío

LUGARES

era el mundo de los niños, siempre me salvaba. Finalmente en el '83 logré rearmar y normalizar definitivamente el Centro y la librería. En este edificio estoy desde el '89. Y aquí pienso seguir. Las siete salitas ya nos están quedando estrechas porque el patrimonio en libros creció enormemente. Tenemos unos 40.000 volúmenes, con ediciones que van de 1860 en adelante. Cada sala lleva el nombre de un titiritero, como homenaje a estos grandes artistas tan poco reconocidos por la cultura oficial: Otto Freitas, César López Ocón, Luis Claeysen, Alfredo Bagaglio, Mane Bernardo, Ariel Bufano. Toda la casa se llama Javier Villafañe y el patio, que vamos a inaugurar pronto, Federico García Lorca.



Primera traducción argentina del texto original italiano - Bs. Aires, abril de 1940

—¿Cómo funciona el Centro de Documentación?
—A partir de este año pasamos a ser una ONG (Organización no Gubernamental), una entidad de bien público. Se sostiene con los socios interesados. Cada vez estoy más convencido de que la información es la nueva moneda: el que tiene información tiene conocimientos. Si los gobiernos no prestan apoyo a toda entidad que contribuya al intercambio de información, este país está perdido. La función de un centro de documentación es proveer información, provocar, abrir otras preguntas, cuestionar, generar interrogantes. Acá concurren para consultas tanto investigadores como titiriteros, maestros, chicos y gente que busca una salida laboral con relación a lo infantil, desde animadores de fiestas hasta baby-sitters que vienen a buscar buenos cuentos para contar a sus chicos.

Para curiosos y nostálgicos

En los anaqueles hay pequeñas joyas. Algunas, con especial valor afectivo para el visitante: sus libros de la escuela primaria. Otras, con valor histórico: viejas ediciones de Peuser, de la revista *Billiken*, de los libros de Constancio C. Vigil; colecciones muy antiguas de editoriales españolas asentadas en el país, la obra completa de Elena Fortún, y antiguas piezas, casi subterráneas, de teoría de la literatura infantil.

Además de los clásicos de la narrativa, la poesía y el teatro argentinos, atesora alrededor de 250 versiones de *Pinocho* —incluida la primera impresión facsimilar de 1883— y añosos ejemplares de *Corazón*, el otro libro pilar de nuestra cultura inmigrante. Hay primeras ediciones desde 1880 en adelante, entre ellos los cuentos de Eduarda Mansilla de García —la primera autora para niños de la Argentina— (Ver *La Mancha* N° 2) y de Ada Elflein, la primera escritora destacada en cuanto a volumen, magnitud y dedicación a la producción infantil, quien entre 1890 y 1900 escribe historias con indios y negros. También cuenta con la primera edición de *El niño Dios* de Leopoldo Marechal, unas 800 fotos históricas con importantes figuras del quehacer infantil, y un libro ilustrado por Raúl Soldi cuya existencia ni él mismo recordaba.

—¿Cómo te nace la vocación por lo infantil?

—Vengo del folklore, una disciplina que me fue llevando por este camino. En mi casa —Pablo es correntino— se escuchaba el cuento oral. Mi madre era bilingüe y hablaba más el guaraní que el español. Mi padre era hijo de vascos. Esa mezcla, a la que se suma el estilo de nuestros paisanos, constituyó una raza de habladores y contadores. Viví con los indios tobas en el Chaco, y esta experiencia me llevó a interesarme por la literatura oral, los cuentos de aparecidos y de miedo, los juegos y juguetes populares. Además, cuando llegué a Buenos Aires, tuve la suerte de ingresar como maestro en el Instituto Bernasconi que conducía Martha Salotti y allí conocí a grandes maestros como Jijena Sánchez, Germán Berdiales, Frida Schultz de Mantovani, vi por primera vez hacer títeres a Villafañe... El contacto con toda esa gente me estimuló para dedicarme a esto.

—¿Qué vínculo encontrás entre los juegos y la literatura?

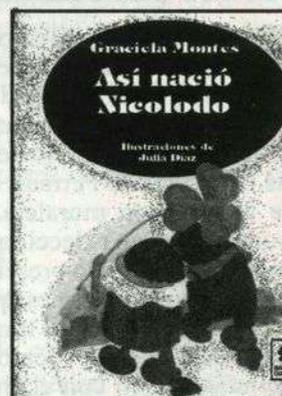
—La clave está en el maestro, los padres y los gobernantes. El problema no es el niño. Acá

nunca se pensó en serio ni en los chicos ni en los viejos. Como decía Bajtin, creo que uno repite siempre la infancia. Pero la repite como adulto, ya no como niño. El hombre trabaja en base a la memoria y los recuerdos, y es bueno que esa memoria y esos recuerdos se establezcan sobre bases sólidas. Por eso creo que el niño que jugó bien, el que leyó bien y se empapó con toda esa vida de la creatividad, será un adulto sano. En el fondo la lectura es un juego de afectos. El libro tiene que ver con la vida. No hay que revisar solamente la relación del niño con el libro sino la conexión del niño con la vida, el mundo, las provocaciones, las preocupaciones y lo cotidiano como condiciones para llegar a su encuentro con la literatura. Por eso queremos que aquí encuentre un lugar para experimentar y probar los libros y los juegos, descubrirlos, investigarlos. La lectura tiene que ver con la conversación, con ciertos ritos, con la comunicación, la mirada, el afecto, el momento oportuno...

Niños en su salsa

El Cedimeco organiza visitas guiadas para grupos escolares de una hora de duración. Además realiza tres tipos de exposiciones anuales. En la muestra de "libros raros" los chicos toman contacto con curiosos ejemplares que miden un centímetro y pueden compararlos con libros medianos y grandes. También se les enseña a reconocer libros antiguos, y se les explica cómo se ordena y clasifica una biblioteca. Otra de las exposiciones está dedicada al "teatro de juguete" y consiste en mostrarles teatrillos de diferentes épocas, en miniatura, para que vean el proceso del teatro por dentro: qué es una puesta en escena, qué son los bastidores, cómo entran los actores... Inclusive se les hace escuchar un texto clásico en un teatrillo ideado por Pablo Picasso. Por último, la exposición de "juguetes populares", todos de madera. Son juguetes caseros, hechos artesanalmente: trompos, zancos, puzzles, baleros... Cosas que ellos mismos pueden construir.

Consultoría del Cedimeco para docentes y bibliotecarios especializados a cargo de Lidia Blanco y Pablo Medina: telefax 931- 5461, en horario de 10 a 13 y de 15 a 19.



ODO S.R.L.
Creer con libros
 Distribución y ventas:
 Ediciones Colihue
 Díaz Vélez 5125
 (1045) Buenos Aires
 República Argentina
 Tel-Fax: 983-4191/4181



Cuentos con luz propia

por Graciela Pérez Aguilar

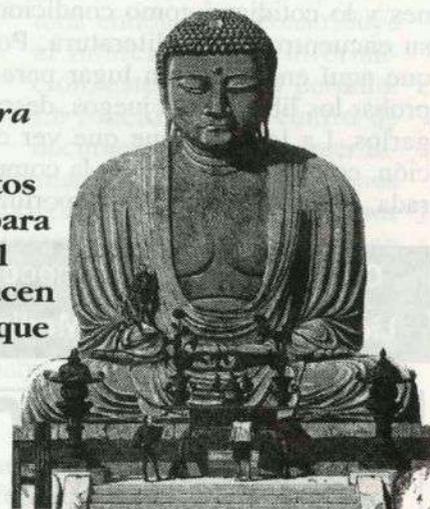
Los discípulos le preguntaron al maestro:

—¿Por qué siempre nos cuentas cuentos pero nunca nos explicas su significado?

Y el maestro les respondió:

—¿Les gustaría que alguien les ofreciera fruta y la masticara antes de dársela?

Este relato budista pertenece a una vasta tradición de cuentos breves, a menudo muy antiguos y que han sido utilizados para transmitir ciertas enseñanzas que se podrían inscribir en el orden de la sabiduría. Aún hoy, son cuentos que nos producen un resplandor interno al ser leídos o escuchados. Cuentos que nos dejan pensando. Cuentos que, a veces, recordamos en situaciones difíciles y pueden alumbrarnos algún camino diferente. Cuentos que sobreviven en el tiempo y han llegado hasta nosotros por vía oral o por recopilaciones escritas. En suma, cuentos con luz propia.



Moralina vs. sabiduría

Una función no siempre explicitada (ni aceptada) de la literatura es la de enseñarnos cosas acerca de la vida y del cómo vivir. Pero existe una vasta tradición de cuentos cuya principal función es, precisamente, ésa. No se trata de cuentos con moralina, como los de Perrault con su "Caperucita Roja", ni de fábulas con moraleja, como las de Esopo. No proponen "pequeñas lecciones de adaptación a la vida en sociedad" sino que presentan de un modo inmediato ciertas leyes generales que hacen a una sabiduría muy profunda. Han sido transmitidos oralmente o por escrito, igual que los cuentos populares y con la misma genuinidad pero con el fin de "desplegar, en quien los lee o los escucha, la visión de un mundo diferente". Por ejemplo, ¿qué puede enseñarnos éste cuento?:

EL MONO QUE SALVO A UN PEZ

—¿Qué demonios estás haciendo— le pregunté al mono cuando lo vi sacar un pez del agua y colocarlo en la rama de un árbol.

—Estoy salvándolo de morir ahogado— me contestó el mono.

Si nos ponemos a reflexionar sobre este pequeñísimo relato, seguramente encontraremos que nos habla acerca de las consecuencias de nuestras "buenas intenciones". Pero en un sentido más profundo, también podría indicarnos que es necesario comprender y respetar el hecho de que cada uno debe vivir según las reglas de su propia naturaleza, como en aquel conocido cuento de la rana y el escorpión que popularizó la película *El juego de las lágrimas*.

LA RANA Y EL ESCORPIÓN

Cierta vez, un escorpión le pidió a una rana que lo llevara sobre su lomo hasta el otro lado de un arroyo.

—Si lo hago, me clavarás tu aguijón— dijo la rana atemorizada.

—Te aseguro que no— repuso el escorpión—. Si me cruzas al otro lado, te daré lo que más deseas.

No del todo convencida, la rana aceptó el trato y comenzaron la travesía. Pero en el medio del arroyo, el escorpión clavó su aguijón en el lomo de la rana. Mientras ambos se hundían, la rana alcanzó a exclamar:

– ¡Ahora, los dos moriremos! ¿Por qué has hecho esto?

Y el escorpión contestó:

–Está en mi naturaleza.

Otro ejemplo:

LOS DOS RATONES

Dos ratones se cayeron en un balde de leche. Uno se asustó, y se ahogó. El otro nadó toda la noche en círculos y a la mañana siguiente pudo pararse sobre la manteca y salió del balde.

Este cuento habla del valor que cada quien tiene para rescatar su propia vida. Aunque esta versión haya sido tomada de la película *Ceremonia secreta*, de Joseph Losey, proviene de una estirpe muy antigua, de raíz hinduista, en la que se emplea para señalar la lucha del alma por su purificación.

De maestros a discípulos

A menudo, estos pequeños relatos fueron utilizados por los maestros de las grandes tradiciones místicas para transmitir a sus discípulos ciertos conocimientos que de otra manera hubieran sido demasiado abstractos. Los han empleado los sufíes en el islamismo, los jasídicos dentro del judaísmo, los maestros zen en el budismo y, desde luego, podemos recordar las parábolas de Jesús en el evangelio.

Y es muy posible que estos grandes maestros recurrieran a ellos no sólo para acercar esas enseñanzas a personas simples, que no podían comprender enunciados muy generales, sino también con pleno conocimiento de que el poder de multisignificación de estos relatos (que es también el poder de la literatura) haría estallar muchas más resonancias en cada uno de sus discípulos.

Porque la característica de estos cuentos (como también de la mejor literatura) es que admiten ser leídos en diversos niveles: desde el más sencillo y literal hasta el más complejo y metafísico.

Sus planteos son muy variados. Algunos pueden rozar los límites del absurdo, como éste, protagonizado por un personaje llamado Nasrudín, que aparece muy frecuentemente en los cuentos sufíes:

NASRUDIN Y EL ANILLO

Un vecino encontró a Nasrudín en la plaza del pueblo buscando algo de rodillas.

–¿Qué andas buscando?– le preguntó.

–Mi anillo. Se me ha perdido.

–Te ayudaré a encontrarlo– dijo el vecino. Y arrodillados los dos, escarbaron entre el pasto. Al cabo de un rato, el vecino preguntó:

–¿Dónde perdiste tu anillo?

–En mi casa– contestó Nasrudín.

–¡Santo cielo! ¿Y por qué lo buscas aquí en la plaza?

–Porque aquí hay más luz.

¿Cuál puede ser la enseñanza que transmite este cuento? ¿Que sólo los locos buscan las cosas en el lugar equivocado? ¿Que es mejor buscar en la luz que en la oscuridad? Cada lector podrá sacar su propia conclusión...

Otros relatos son luminosos en su simpleza, como este cuento budista:

EL PEQUEÑO PEZ

–Usted perdona –le dijo un pez a otro–. Usted es más viejo y tiene más experiencia que yo, y probablemente pueda ayudarme. Dígame, ¿dónde puedo encontrar eso que llaman Océano? He buscado por todas partes y no lo puedo encontrar.

–El Océano– respondió el viejo pez– es donde estás ahora mismo.

–¿Esto? Pero si esto no es más que agua... Lo que yo busco es el Océano– contestó el joven pez. Y se marchó decepcionado a buscar en otra parte.

O pueden aportarnos alguna verdad sencilla pero contundente, como este diálogo jasídico:

EL LUGAR DE CADA UNO

Cierta vez le preguntaron a un hombre sabio: –Se dice que, en el mundo, cada cosa tiene su lugar. Y el hombre también tiene su lugar. Entonces, ¿por qué la gente vive tan apretada?

Y el sabio respondió:

–Porque cada uno quiere ocupar el lugar de otro.

Cuentos antiguos, cuentos modernos

La notable eficacia de estos relatos hace que, a pesar de los siglos de antigüedad que tienen y la diferencia de lugares y de contextos históricos, podamos leerlos, sorprendernos y reflexionar con ellos.

Seguramente, mejor que explicarlos es dejar que hablen por ellos mismos.

Por eso, en la página siguiente presentamos una pequeña selección tomada de diversas recopilaciones pertenecientes a Idries Shah, Anthony de Mello y otros.



CUENTOS SUFIES

La razón

El Mulá Nasrudín fue a ver a un hombre rico.

–Déme algo de dinero.

–¿Por qué habría de hacerlo?

–Quiero comprar... un elefante.

–Sin dinero, mal puedes mantener un elefante.

–Yo vine –dijo Nasrudín– en busca de dinero, no de consejo.

El camello numero veinte

Había una vez un árabe que viajaba en la noche, y sus esclavos, a la hora del descanso, se encontraron con que no tenían más que diecinueve estacas para atar a sus veinte camellos. Cuando consultaron al amo, éste les dijo:

–Simulad que claváis una estaca cuando lleguéis al camello número veinte. Pues como el camello es un animal tan estúpido, se creerá que está atado.

Efectivamente, así lo hicieron, y a la mañana siguiente todos los camellos estaban en su sitio. Y el número veinte al lado de lo que se imaginaba que era una estaca, sin moverse de allí. Al desatarlos para marcharse, todos se pusieron en movimiento menos el número veinte, que seguía quieto. Entonces, el amo dijo:

–Haced el gesto de desatar la estaca de la cuerda, pues el tonto aún se cree atado.

Así lo hicieron y el camello entonces se levantó y se puso a caminar con los demás.

CUENTOS JASIDICOS

Rabí Pinjas

Rabí Pinjas dijo: “Cuando un hombre está cantando y no puede elevar la voz y otro llega y canta con él –otro que puede elevar la voz–, entonces el primero podrá también hacerlo. Este es el secreto del vínculo entre espíritu y espíritu.”



Demasiada prisa

El Rabí de Berditshev, al ver a un hombre que andaba de prisa por la calle, sin mirar a derecha ni a izquierda, le preguntó:

–¿Adónde corres así?

–A ganarme el sustento– respondió el hombre.

–¿Cómo sabes con certeza– replicó el Rabí– que tu sustento galopa delante de ti y que has de perseguirlo a la carrera? ¿Quién sabe? Tal vez esté detrás de ti y sería más conveniente esperarlo en lugar de huir de él como lo haces.

CUENTOS BUDISTAS

El ladrón y la luna

Un hombre sabio vivía en una cabaña al pie de una montaña. Cierta noche, un ladrón entró en la choza, sólo para descubrir que allí no había nada que robar. El sabio volvió entonces y lo sorprendió.

–Tal vez hayas hecho un largo camino para visitarme– le dijo al ladrón– y no debes irte con las manos vacías. Por favor, acepta mi ropa como regalo. El ladrón quedó desconcertado, tomó la ropa y se fue sin decir nada. El sabio, desnudo, se sentó a mirar la luna.

–Pobre hombre– pensó–. Ojalá pudiera darle esta hermosa luna.

La taza de té

Cierta vez, el sabio Nan–in recibió a un vanidoso profesor universitario que lo visitaba para conocer sus enseñanzas. Nan–in le sirvió té. Llenó la taza de su visitante y cuando la misma rebalsó, siguió vertiendo la infusión.

El profesor se quedó mirando cómo el líquido se derramaba y pensando que el sabio era un tonto. Finalmente no pudo contenerse:

–Está colmada.– exclamó– ¡Ya no cabe más!

–Como esta taza–dijo Nan–in–, usted está lleno de sus propias opiniones y prejuicios. ¿Cómo puedo mostrarle la verdadera sabiduría a menos que vacíe su taza antes?

¿Qué es el IBBY?

La sigla IBBY sintetiza el nombre del International Board on Books for Young people (Organización Internacional para el Libro Juvenil), una entidad fundada en Zurich el 4 de octubre de 1953 por iniciativa de Jella Lepman —una periodista alemana que fue víctima del nazismo— y un grupo de figuras internacionales comprometidas con la idea de favorecer el encuentro entre los niños y los libros.

Sus objetivos básicos son promover el entendimiento entre países a través de los libros para niños y jóvenes, favorecer que los niños de todo el mundo tengan acceso a libros de calidad artística y literaria, estimular la igualdad de oportunidades y la formación de lectores entusiastas, y atender los problemas del analfabetismo. También brinda apoyo a la investigación y al trabajo académico en este rubro, así como a entidades que fomentan la lectura.

Está encabezado por un Comité Ejecutivo compuesto por ocho personas de distintas nacionalidades y un presidente —en la actualidad, la venezolana Carmen Diana Dearden— que se renueva cada dos años. El secretariado tiene sede en Basilea, Suiza. Es una organización no lucrativa, con recursos independientes.

Concebido como una "red" que cubre los cinco continentes, hoy cuenta con más de sesenta países asociados —entre ellos, la Argentina. Como consecuencia de los avatares políticos, recientemente se incorporaron países que hace unos años no existían, tal el caso de la Alemania unificada, Rusia, Estonia, Eslovenia o las repúblicas Checa y Eslovaca. Para algunas sedes de naciones sumidas en conflictos bélicos, culturalmente aisladas, con escasos recursos, o donde la producción de libros para niños ha experimentado un drástico recorte y sufren la falta de papel, sacar adelante las secciones nacionales y avanzar en los objetivos ha requerido no poco esfuerzo e idealismo.

Entre las actividades del IBBY está otorgar los premios Hans Christian Andersen a autores e ilustradores reconocidos por su trayectoria; el jurado está compuesto por especialistas internacionales y constituye el más alto reconocimiento en este campo. En 1994 María Elena Walsh obtuvo en él la Mención Especial. Además auspicia la Lista de Honor que se nutre con los candidatos —autores, ilustradores y traductores— seleccionados por cada uno de los países miembros, la que permite dar amplia difusión a la flamante producción local. Todos los premios se otorgan en Congresos bianuales a los que

asisten cientos de personas, donde se organizan conferencias plenarias y seminarios sobre distintos aspectos relacionados con la literatura infantil. Los dos últimos se celebraron en Sevilla y Groningen, y los próximos se realizarán en Nueva Delhi y Cartagena.

Trimestralmente el IBBY edita la revista especializada *Bookbird*. También ha establecido un Centro de Documentación sobre libros para niños y jóvenes minusválidos que desde 1985 promueve seminarios, muestras y estudios sobre esta temática. Participó en proyectos conjuntos con la UNESCO y en el último congreso en Holanda organizó una exposición de material para niños discapacitados visuales. Propone la celebración del Día Internacional del Libro Infantil el 2 de abril, natalicio de Hans Christian Andersen. Tiene relaciones informativas con UNESCO, UNICEF, IRA, la Bial de Ilustradores de Bratislava, CERLALC y la célebre Biblioteca Internacional de la Juventud de Munich, fundada por la misma Jella Lepman. Es solidario con la Convención Internacional de los Derechos del Niño, ratificados por Naciones Unidas en 1990.

Como entidad autónoma, el IBBY se financia con las cuotas de los países asociados. Pero en los últimos años ha logrado generar apoyo y conseguir patrocinadores para algunas de sus actividades regulares y nuevas. Muchos de ellos son editores y grupos industriales. La mayor empresa periodística japonesa, la Asahi Shimbun patrocina un premio de un millón de yenes al grupo o institución que se destaque en la promoción de la lectura —sus más recientes ganadores fueron Fundalectura, de Colombia, y la Little Library, de Sudáfrica. Una cifra igual fue donada al IBBY por la Emperatriz Michiko del Japón, procedente de los derechos de autor de su primer libro para niños.

A.L.I.J.A. es, desde su fundación en 1985, la sección nacional del IBBY en la Argentina. Como tal, propone regularmente los candidatos a los premios y recibe toda la información que le brinda el organismo. Reúne a escritores, ilustradores, especialistas, docentes, bibliotecarios, investigadores, críticos, libreros, narradores, gente de teatro, periodistas y a todos los interesados en la promoción del libro infantil. Publica un boletín cuatrimestral, *Benjamín*, y desde el '89 participa con un stand en las Ferias del Libro de Buenos Aires, desde donde difunde sus actividades y ofrece a la venta distintos tipos de publicaciones locales e internacionales.

El sueño del oso

Literatura infantil colombiana

por Beatriz Helena Robledo

Quizás la imagen más cercana a un panorama histórico de la literatura infantil en Colombia sea la de un oso hibernando. Allí está, dormido, esperando su momento. El que no lo veamos no quiere decir que no exista, o que durante un tiempo no haya existido. Simplemente duerme, como duermen algunos libros en las bibliotecas cuando han dejado de circular y ya nadie los lee.

En Colombia mucha parte de la literatura infantil duerme hoy el sueño del olvido. La producción literaria de casi un siglo resulta prácticamente desconocida no sólo para las generaciones actuales, sino para la memoria histórica. En Colombia no se ha escrito aún una historia de la literatura infantil, y los autores que produjeron su obra en las primeras décadas del siglo XX nunca más volvieron a editarse y, por supuesto, tampoco a leerse.

Esta curiosa amnesia literaria quizás sea uno de los motivos por los cuales la literatura infantil colombiana no logra insertarse definitivamente en la corriente cultural, y oscile entre las intenciones didácticas, pedagógicas y moralistas, un inestable mercado editorial, y una incipiente legitimación en los círculos académicos, intelectuales y culturales.

El legado del siglo XIX

La herencia que el siglo XIX le deja a la literatura infantil colombiana del siglo XX podría recogerse en dos vertientes: el legado de Rafael Pombo a través de sus *Cuentos pintados*, *Fábulas y verdades* y *Cuentos morales para niños formales* y, por otra parte, la literatura costumbrista.

Paradójicamente, Rafael Pombo es considerado el padre poético de la literatura para los niños en Colombia. Paradójico porque, desde la perspectiva de la recepción, es indudable su influencia en el imaginario colectivo. ¿Qué colombiano, aún hoy en día, no tiene como imágenes primordiales de la infancia a Rin Rin, el renacuajo, la colección de trajes y vestidos de la Pobre Viejecita o las colas de las ovejas de la Pastorcita? Pero, a pesar de su popularidad y su resonancia cultural, su obra infantil no logra transformar dinámicamente la producción para los niños como podría esperarse, y lo que es más extraño, no genera una valoración de la poesía infantil como expresión cultural digna de ser imitada y superada.

El panorama de la poesía infantil en Colombia es desolador. Tenemos que esperar hasta los años 50 de este siglo para que poetas como Carlos Castro Saavedra y Fanny Osorio escriban una poesía de alta calidad lírica para los niños. Actualmente no existe un autor que esté dedicado a la poesía infantil. Podemos nombrar textos sueltos, hallazgos

esporádicos de escritores más centrados en la narrativa, como *La alegría de querer* de Jairo Aníbal Niño, *Conjurios y sortilegios* de Irene Vasco, y *El árbol que arrulla y otros poemas para niños*, de Gloria Cecilia Díaz.

La herencia de los escritores costumbristas parece haber sido entregada de una manera inversa a la de Pombo. Es poca la influencia directa en los niños, quizás porque muchos de sus cuadros de costumbres y cuentos fueron leídos obligatoriamente por varias generaciones de niños y jóvenes colombianos a través de los textos escolares y sometidos a análisis, disecciones, cuestionarios y demás ejercicios, produciendo un rechazo a esta literatura y muy probablemente un olvido liberador. En cambio, su influencia en la producción se deja sentir en la mayoría de los escritores de las primeras décadas del siglo XX. La literatura costumbrista es considerada en Colombia como la primera manifestación de una literatura nacional. Por primera vez se vuelca la mirada desde el lenguaje literario a las manifestaciones cotidianas más propias de nuestra cultura: se describen personajes populares, se pintan paisajes locales, se narran con el detalle de lo cotidiano las costumbres, anécdotas, viajes, hasta conformar un gran mosaico, telón de fondo, que nutre indirectamente mucha parte de la cuantística de las primeras décadas del presente siglo.

La entrada al siglo XX

La producción literaria infantil de la primera mitad del siglo XX es la que nos genera esa imagen inicial del oso hibernando. Es un período olvidado, pero no por ello menos importante, en la medida en que comienza a surgir una literatura infantil como tal, se considera al niño como un receptor cultural por fuera del ámbito escolar, se hacen en Colombia las primeras ediciones de libros para niños, se escriben los primeros artículos acerca de la literatura infantil como una manifestación diferente a la literatura para adultos, se configuran las distintas corrientes literarias, en fin, se gesta un panorama literario infantil inexplicablemente olvidado, y que, por desconocido, parece inexistente.

Si reunimos las obras para niños de escritores como Santiago Pérez Triana, Eco Nelly, Lilia Senior, María Eastman, Euclides Jaramillo, José Agustín Pulido, Oswaldo Díaz Díaz, Víctor Eduardo Caro, Raimundo Rivas, Carlos Castro Saavedra, Guillermo Hernández de Alba, entre otros, tenemos un cuerpo literario suficiente que nos permitiría hacer una lectura cuidadosa de la transformación de

nuestra literatura infantil. Es cierto que 50 años de olvido es mucho olvido, y quizás por eso nos veamos inclinados a hacer una periodización tan amplia y mirar de una sola vez tantos años juntos. Hace falta una lectura cuidadosa y detallada que nos permita ubicar, por ejemplo, los finales de los años veinte y los años treinta como la época en que la literatura para niños empieza, aunque tímidamente, a insertarse en los espacios propios de la cultura literaria. Aparecen cuentos como los de Eco Nelly, destinados al lector infantil, en los que muchos de sus personajes son niños que viven conflictos familiares o sociales, y en los que no se hacen concesiones en los temas tratados para los niños, ni frente a la calidad y los recursos estéticos y estilísticos del lenguaje.

De los años 30 data también la publicación de la revista *Chanchito* (1933-34), editada y dirigida por Víctor Eduardo Caro, y quizás una de las revistas infantiles más importantes editadas hasta ahora en el país, tanto por la calidad del material seleccionado, como por el proyecto cultural que la inspiraba. Es también la época en que se escribe y se publica, en edición para niños, la primera biografía dirigida al lector infantil de un personaje célebre, en este caso de libertador Simón Bolívar. *Vida de Simón Bolívar para los niños* fue escrita por Simón Latino, seudónimo de Carlos H. Pareja. Aunque exalta demasiado la imagen del libertador tiene el mérito de recrear por primera vez la dimensión humana de un ser que había sido presentado sólo como prócer heroico a través de datos y hechos sueltos en los libros de historia escolar.

En los años cuarenta el escritor más destacado es Oswaldo Díaz Díaz. Historiador, dramaturgo y cuentista, quien ejerce la escritura para niños con gran valoración y acierto. Quizás su mejor libro de cuentos sea *Cambam Balí*, en el que se nutre de diferentes fuentes: hay allí cuentos fantásticos, tradicionales, con elementos del cuento maravilloso, históricos, animistas. Son relatos en los que logra separarse del tiempo de la infancia y crear situaciones y personajes vivos, desprendidos de la mano de su autor, inscribiéndose en una tradición literaria universal. Es uno de los primeros escritores que reflexiona públicamente acerca de

la literatura infantil como un campo específico de la literatura en general, y publica un lúcido y visionario artículo en el que, además de referirse a las diferentes características que debe tener la literatura para los niños, critica los textos escolares y hace un llamado al intercambio cultural entre los pueblos de América, a través de las literaturas nacionales, otorgándole un papel fundamental a la literatura infantil.

En los años cincuenta y sesenta sobresalen tres escritores: Carlos Castro Saavedra, Fanny Osorio y María Eastman. Los dos primeros, nombrados anteriormente, se destacan sobre todo en el

ámbito de la poesía para niños. María Eastman, maestra por vocación y oficio, escribe un curioso libro de cuentos, *El conejo viajero*, con intenciones didácticas pero con un excelente manejo de los recursos narrativos.

Hasta aquí ese período oscuro y olvidado de nuestra literatura infantil. Hasta aquí el oso en hibernación. Los años setenta y ochenta son como un despertar, el inicio de un nuevo ciclo: el escritor para niños se empieza a profesionalizar, la instauración del Premio Enka de Literatura Infantil le da legitimidad a esa producción, algunas editoriales se interesan por su publicación, se hacen las primeras tesis de grado sobre el tema de algunas facultades de literatura, los profesores piden a sus alumnos la lectura de algunos autores que ya aparecen con el rótulo de escritores para niños... Pero, mirada desde hoy, es una explosión débil y efímera. Fue más un pequeño "boom" editorial, que nos hizo pensar que por fin se podía hablar en Colombia de una literatura infantil de calidad.

A esa producción de los años setenta y ochenta también sería necesario darle una mirada cuidadosa y analítica, al menos a ésa que los colombianos reconocemos como los libros del Enka. Hay constantes allí que preocupan: el descubrimiento de cierta fórmula exitosa al montar los relatos sobre la estructura del viaje, un manejo un poco delirante y esquizofrénico de la fantasía, un realismo social bastante trasnochado, una idealización estereotipada del niño, o una reelaboración a veces facilista de la tradición oral... Sin embargo, también es cierto que esta explosión editorial permitió darle una mayor legitimidad a la literatura infantil, al menos dentro de ciertos círculos editoriales y académicos, y le dio carta de navegación a una literatura que se creía (y aún muchos consideran, por desconocimiento) que no se escribía desde los tiempos de Pombo. De esos primeros autores que incursionaron en el género y que perseveraron, están Celso Román, Triunfo Arciniegas y Jairo Aníbal Niño, quienes, con una producción irregular en cuanto a su calidad y con concesiones preocupantes frente al mercado editorial, continúan aún hoy en día escribiendo para los niños.

En los años noventa la producción disminuye en cantidad, pero surgen algunos escritores que finalmente se desprenden de los afanes pedagógicos, de los estereotipos y crean obras insertas en una tradición literaria más moderna, más universal y, sobre todo, más comprometida consigo misma. Lejos estamos de algún movimiento o de una floración que vaya a hacer hito en nuestra historia literaria. Al contrario, es una década extraña en la que algunos escritores en un trabajo cuidadoso y solitario iluminan en camino: Ivar Da Coll, Gloria Cecilia Díaz, Irene Vasco, Yolanda Reyes, Evelio Rosero Diago con algunos cuentos, incursionan en temas no tocados hasta ahora, como el secuestro, la pérdida de la madre, o exploran el diálogo del texto y la ilustración, o logran escribir con soltura y desenfado en un país solemne, grave, con más sentido del drama que del humor... Época extraña, porque las grandes editoriales (grandes en volumen, mas no siempre en calidad) se van tragando vorazmente a aquellas pequeñas que habían logrado sobrevivir, si no siempre con acierto, al menos con decoro y dignidad.

Pero, frente a ese desolado universo de la producción, encontramos una consolidación de otros espacios que resultan vitales para completar ese intrincado camino que va desde el escritor hasta el lector. En estos últimos años se han multiplicado los espacios de reflexión acerca del libro y la literatura para niños, a través de talleres, seminarios, foros, encuentros, congresos, premios literarios, publicacio-

Beatriz Helena Robledo Botero es licenciada en Literatura, escritora e investigadora, autora del ensayo *Literatura infantil colombiana: medio siglo de olvido* (1900-1950), que le valió la Beca Colcultura de 1996, y de una *Antología del relato infantil colombiano*. Ha coordinado la Biblioteca Rafael Pombo de Bogotá y dirigido su filial en Manizales, dictado talleres en el marco de diferentes instituciones -entre ellas Fundalectura-, asesorado programas de estudio y diseñado un Plan Nacional de Lectura para el Ministerio de Educación. Actualmente es profesora de Literatura Infantil en la Universidad Javeriana.

nes periódicas, acciones promovidas por instituciones como Fundalectura (sección del I.B.B.Y. en Colombia), pionera e impulsora de muchas de estas actividades, las Areas Culturales del Banco de la República, las bibliotecas infantiles de las Cajas de Compensación Familiar (entidades creadas para prestar asistencia al trabajador colombiano en vivienda, salud y educación, muchas de las cuales han intensificado su trabajo en la consolidación de los servicios bibliotecarios), la Fundación Rafael Pombo, Espantapájaros Taller, la Red Pro-Lectura (grupo de entidades que promueven la lectura en el país), en fin, todo un movimiento que, poco a poco, va ganando terreno en su esfuerzo por formar a las jóvenes generaciones de lectores, por divulgar lo mejor de la literatura infantil universal y, sobre todo, por legitimar un discurso que hasta hace poco era apenas un balbuceo que nadie escuchaba.

Y, como en un movimiento pendular de oscilación, perdemos y ganamos: perdemos cantidad, pero ganamos escritores comprometidos con su trabajo, con los niños y con la literatura; perdemos esfuerzos quijotescos por sobrevivir decorosamente a los grandes mercados, a la falta de financiación, como los de la revista *Espantapájaros*, publicación para niños que dio a conocer escritores hasta ese momento desconocidos y que impulsó el trabajo de autores que apenas comenzaban; o los de las revistas *La Lleva* y *La Barra*, de Fundalectura, publicaciones para niños y jóvenes respectivamente, que de igual manera dieron a conocer muchos autores de la literatura infantil universal; o los de editoriales como Tres Culturas, Colina, Carlos Valencia, cuyo trabajo fue muy importante porque abrió canales de divulgación que no existían antes, pero con una vida efímera... Perdemos y ganamos y, en esa oscilación, nuestra literatura infantil continúa arrullándose, sístole-diástole, negándose a crecer, hibernando como aquel oso de nuestro cuento.

ALFAGUARA INFANTIL-JUVENIL ESTÁ PEGANDO OTRO ESTIRÓN

Wernikrat & Asoc.

Alfaguara Infantil-Juvenil continúa creciendo. Con la incorporación de nuevos títulos de los mejores autores argentinos y extranjeros de literatura infantil. Porque Alfaguara Infantil-Juvenil –el plan más completo– se hace cada vez más grande. Y cuanto más crece Alfaguara Infantil-Juvenil, más crecen los chicos.

NOVEDADES

LISA DE LOS PARAGUAS

Elsa Bornemann

EL TREN MAS LARGO DEL MUNDO

Silvia Schujer

POLLOS DE CAMPO

Ema Wolf

LA GATA SOBRE EL TECLADO

Irma Verolín

LA TRIBU

Gabriel Alonso

LA MALDICION DEL VIRREY

Carlos Schlaen

AMORES QUE MATAN (HISTORIAS DE AMOR Y TERROR)

Lucía Laraggione

VALENTINA

Raquel Barthe

LOS COLUGOS

Luis Salinas

NUNCA CONFIES EN UNA COMPUTADORA

Verónica Sukaczer



Santillana

Beazley 3860 (1437) Buenos Aires
Tel.: 912-7220 (líneas rotativas) Fax 912-7440

El placer inigualable

por Andrés Rivera

¿Cómo contar, sin aburrirlos, mi lento camino hacia la escritura, mi cada vez renovado encuentro con el placer?

Piensen, por favor, en un chico de 7 u 8 años, allá por 1935 o 1936, hijo de una familia obrera (mi padre fue obrero sastre; mi madre trabajaba en una fábrica de caramelos), y que solía enfermarse con frecuencia —gripes prolongadas, alguna difteria, alguna varicela, algún otro padecimiento de pobres—, y que solía, también explorar la biblioteca del papá, y hacerse de textos aparentemente ajenos a las preocupaciones y gustos de los niños de su tiempo y de su edad. En efecto: yo volvía a mi cama de doliente o de convaleciente con libros que aludían a las luchas reivindicativas de los trabajadores argentinos, desde el sur patagónico a las selvas misioneras. Pero el libro que impresionó mi imaginación fue ése que describía el combate de los mineros de Asturias, sometidos a normas laborales inhumanas, en favor de condiciones dignas de trabajo, y como nunca antes se conocieron.

Me impresionó, repito, el arrojo, el coraje y la inteligencia de los mineros asturianos, de sus mujeres y de sus hijos, tanto o más que mis lecturas de *El Tony*, el sheik blanco de el *Tit-Bits* (revistas que desaparecieron del mercado), de las hazañas galantes de los tres mosqueteros o de las inevitables proezas de un cow-boy predestinado al uso infalible del revólver y a un virtual casamiento con la muchacha bella e indefensa.

Tal vez me detuve demasiado en la descripción de aquellos años —que evoco sin nostalgia y con intenso placer—, en los que se formó esto que soy hoy: el narrador que ustedes, casi seguramente, no conocen.

En un impulso que no pude resistir, me lancé a escribir acerca de hombres y mujeres que, junto a mi padre, y desde el sindicato de sastres y costure-

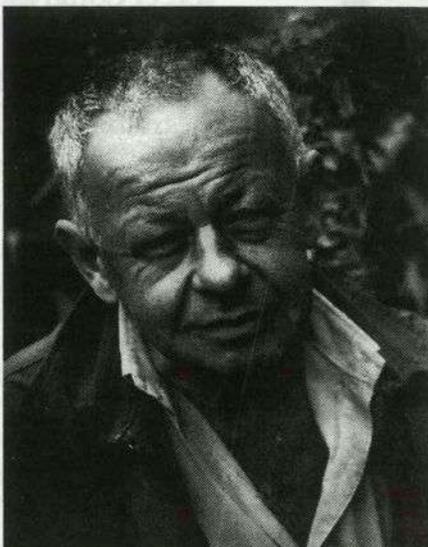


Foto: Alejandra López

ras, deseaban cambiar el mundo. Ese fue el primer paso de mi interminable aprendizaje de escritor. Y buscar las palabras, la ansiedad por reunir las palabras que encontré, y repetírmelas en silencio, y decirme que sonaban con la belleza indecible de la música es el episodio que se repite, nuevo y espléndido, cada vez que me siento frente a una hoja de papel en blanco.

Claro que me abstuve de dar a conocer ese primer papel que menciono más arriba. (Escribí algo acerca de los hombres y mujeres que se proponían cambiar el mundo en la primera novela que me publicaron, *El precio*, en 1957; después, más extensamente, en *Nada que perder*, novela, 1982, y en *El verdugo en el umbral*, novela, 1994). Quiero decir, también, antes de que se termine el espacio que se me concedió para confiarles cómo se hace un narrador, que reescribir y corregir son dos de los trabajos que me proporcionan un placer que no puede medirse con ninguna otra cosa que yo recuerde.

¿Les digo algo más? ¿Sí? Cuando la historia que conozco, y de la que soy, probablemente, el único depositario, se torna un impulso irrefrenable, busco una lapicera adecuada y el cuaderno correspondiente. Y me dispongo a crear, con mayor o menor perfección, un mundo. Sólo necesito el título, las líneas iniciales y las dos, tres o cinco líneas finales.

Nada, entonces, se antepondrá a esa historia; nada, tampoco, me dará tanto placer como escribirla, no importa si en una semana o en tres años.

Andrés Rivera nació en Buenos Aires, en 1928. En 1985 obtuvo el Segundo Premio Municipal de Novela con *En esta dulce tierra*. En 1992 recibió el Premio Nacional de Literatura por su novela *La revolución es un sueño eterno*.



La traducción de libros para niños

Noticias de un

oficio

invisible

En el Congreso del IBBY realizado en Sevilla en octubre del '94 la mexicana Laura Emilia Pacheco agradeció en nombre de los traductores los premios de la Lista de Honor. Reproducimos su breve conferencia como una interesante aproximación al tema. ¿Qué papel les toca, en un mundo cada vez más dividido y menos tolerante, a quienes tienen la misión de acercar a los niños textos escritos en otras lenguas?

por **Laura Emilia Pacheco**

En este fin de milenio existe el peligro de que entremos en un mundo violentamente fragmentado, sobre todo en aquellas zonas donde los viejos centros de poder se desmoronaron. Presenciamos la vuelta de los nacionalismos, la decadencia del tejido económico y social, el retorno de la extrema riqueza de unos cuantos a cambio de la miseria de casi todos. En busca de un nuevo orden, varios países han caído en el error de afirmar su identidad a través de la intolerancia, la xenofobia y el racismo.

Como ha dicho Stephen Spender, lo contrario de la censura es la autoexpresión que llamamos literatura. En este contexto es para mí un honor y un gran motivo de orgullo figurar en la Lista de Honor del 24º Congreso Internacional de IBBY, reunión que tiene como tema central *La literatura infantil, espacio de libertad*.

Por desgracia, los niños son las primeras víctimas de cada uno de los males que nos aquejan. Al terminar el siglo XX, aún no logramos defender como se debe a quienes constituyen la más fuerte esperanza para cambiar el presente y diseñar un nuevo y mejor futuro. Un organismo como el IBBY brinda a los niños y niñas la oportunidad de fomentar libremente su creatividad y su apreciación artística, cultural y sobre todo vital, a través del tesoro que son, hoy como nunca, los libros.

Los reconocimientos que el IBBY otorga cada dos años a los

textos, las ilustraciones y las traducciones se conceden a trabajos de muy diversos países que alcanzan un grado de alta calidad. Son un recordatorio de la importancia que tiene la educación infantil, de lo tenaz que debe ser su defensa y de lo mucho que se está haciendo y falta por hacer.

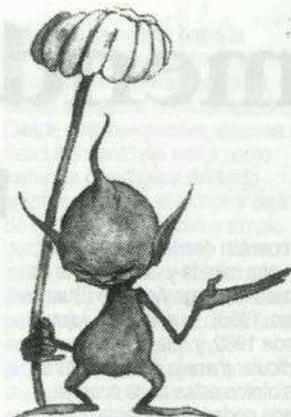
En un mundo cada vez más intolerante, la traducción es un acto de tolerancia. Cuando todo nos divide, traducir es un acto que nos acerca, una labor de polinización que fertiliza nuestras ideas, abre las fronteras y ayuda a forjar distintos lenguajes. Sólo quien tiene una auténtica vocación de compartir puede ser traductor. Sólo la esperanza en la posibilidad de un mundo menos injusto lleva a dedicarse a una profesión cuyo único aliciente es, muchas veces, el haber cumplido, tenaz y anónimamente, con la vocación de comunicar.

Si la literatura es el intento de traducir en palabras hechos, pensamientos y sentimientos, verter a otro idioma un texto literario equivale, hasta cierto punto, a hacer la traducción de una traducción. Aunque la figura del escritor-traductor no es nueva, resulta notable la cantidad de escritores que en nuestro siglo a punto de acabar han desempeñado su labor de traducción como un acto integrado a sus propias creaciones literarias. Traducir implica hoy interpretar y crear. Es una manera de ver y de leer el mundo.

Ezra Pound fue el primero en conceder al traductor el derecho a la libertad de expresión y en reconocer

Sólo quien tiene una auténtica vocación de compartir puede ser traductor.

la validez a su vena intuitiva. Gracias a él los traductores tenemos la posibilidad de compartir al menos una parte del prestigio reservado a los autores. Con todas sus limitaciones, hoy nuestro trabajo tiene el valor de ser una de las muchas posibles interpretaciones del original. Pero ¿hasta dónde el traductor puede ejercer su libertad creadora? Hasta donde su intuición y su sensibilidad literaria lo conduzcan.



No pretendo insinuar que otras traducciones carezcan de sentido y razón. Afortunadamente hay lugar para todos, según las necesidades e inquietudes de quien lea y traduzca el texto. En última instancia, el traductor es un lector que influye en la manera en que sus propios lectores, en este caso los niños, se aproximarán a una obra a la que, de otra manera, tal vez no tendrían acceso. En la figura del traductor se conjugan y actualizan la relación complementaria y las nuevas fronteras que existen entre autor y lector. Su trabajo intenta enriquecer la expresión literaria para evitar que se genere una sordera del lenguaje, debe atender a la personalidad original del autor y acercarlo lo más posible a la experiencia misma del lector. Si no fuera así, la traducción de una obra sería exactamente igual a otra.

Es necesario rebasar el papel informativo para que el valor poético del lenguaje cobre tanta importancia como la simple narración de los acontecimientos. La ley de la pérdida y la ganancia en muchos casos explica los cambios y las libertades que debe ejercer el traductor. A pesar de que existan otras versiones de un mismo libro, a los traductores nos queda el consuelo de que las nuestras pueden iluminar, desde otro ángulo, el original, hacerse parte de su historia, ser un capítulo más de las metamorfosis infinitas de un texto.

En última instancia, me gustaría pensar que los traductores, al igual que los ángeles del cineasta alemán Wim Wenders, no somos el mensaje, somos los mensajeros que acercan a quienes están lejos. Nadie nos ve ni nos oye. Nos imaginamos distantes, pero estamos muy cerca. Nuestra invisibilidad es nuestra victoria. En un mundo en que todo nos aparta y nos divide, traducir es un intento de hallar una lengua común para todo el planeta, de volver a narrar el cuento de la tribu humana, el cuento de nunca acabar, la historia interminable que, después de todo, comenzó antes de Babel y ha de seguir contándose cuando ya no estamos aquí.

COLIHUE

Novedades

LITERATURA INFANTIL

En Colección PAJARITO REMENDADO

Dirigida por **Laura Devetach** y **Gustavo Roldán**

- **MUCHOBICHO**, Laura Roldán (Serie Verde).
- **LA GORGOÑETA EN EL PANTANO SARAMPIONOSO**, Raquel Piaggio (Serie Celeste).
- **EL MONO Y EL YACARE**, Gustavo Roldán (Serie Naranja).
- **EL MUSEO DEL FIN DEL MUNDO**, Graciela Lago (Serie Celeste).

En Colección LIBROS DEL MALABARISTA

Dirigida por **Gustavo Roldán**

- **CUENTOS CORTOS PARA NIÑOS LARGOS**, Graciela Reyes.
- **EL LEON Y LA AURORA**, Juan R. Rithner.
- **EL ULTIMO DRAGON**, Gustavo Roldán.
- **SERAFIN Y SUS AVENTURAS CON LOS CABALLITOS**, Mirta Yáñez.

En Colección LOS FILETEADOS

Dirigida por **Gustavo Roldán**

- **UN CARANCHO MUY DEVOTO**, Adolfo Colombres.
- **CUENTOS DE LAS 1001 NOCHES**, versión Gustavo Roldán.
- **EL CABEZA COLORADA**, cuentos cordobeses contados por Lilia Lardone.
- **PACTOS CON EL DIABLO**, Gustavo Roldán.

En Colección LOS LIBROS DE BORIS

Los clásicos de ayer y de siempre, recreados en ediciones de gran calidad artística.

- **CUANDO ALICIA ATRAVESO EL ESPEJO**, Lewis Carroll. Trad. Graciela Montes.
- **LAS AVENTURAS DE HUCKLEBERRY FINN**, Mark Twain. Trad. Graciela Montes.

En Colección LIBROS DEL MONIGOTE

Cuentos de **Laura Devetach** que ya son clásicos de la Literatura Infantil Argentina.

- **LOS HUEVOS PINTADOS.**
- **CUENTO DEL GRANO DE MAIZ.**
- **EL HOMBRECITO VERDE.**
- **VERSOS DEL POZO REDONDO.**

Fuera de Colección

- **LA BIBLIA**, contada por Graciela Cabal e ilustrada por Dora Cavallero.

EDICIONES COLIHUE

Un paso adelante en Literatura Infantil y Juvenil

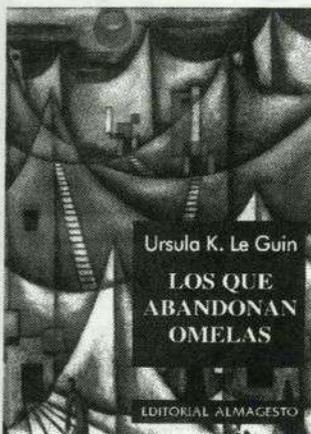
Av. Díaz Vélez 5125 (1405) Buenos Aires
Tel./Fax: 983-4181/4191 y 981-3674

Libros recomendados

por Elisa Boland

FICCIÓN

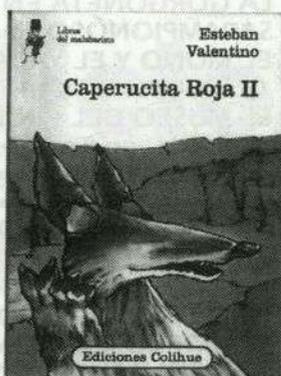
Le Guin, Ursula K.: *Los que abandonan Omelas.* Buenos Aires, Almagesto, 1996. Traducción: Anibal Varela, Josefina Herrero y Carlos Gardini.



Los que abandonan Omelas es el título de uno de los cuatro cuentos que integran este volumen de la escritora estadounidense Ursula K. Le Guin (Oregon, 1929), seguramente la más famosa de todas las escritoras de ciencia ficción. Conocida y premiada por sus novelas, *La mano izquierda de la oscuridad*, o por la tetralogía *Los libros de Terramar*, llega esta vez para sus seguidores, amantes del género de la ciencia ficción, que como ella misma ha dicho "inventa mundos o futuros; son espejos que se levantan para ver un nuevo ángulo." Estos relatos (que hablan del miedo, del amor o los ocultamientos) pueden ser una inmejorable entrada a esta literatura para los jóvenes lectores que aún no la conocen, y para los que ya la frecuentan, otro gran encuentro.

Valentino, Esteban: *Caperucita Roja II, el regreso.* Buenos Aires, Colihue, 1995. Colección Libros del Malabarista.

Caperucita Roja II es el título de este libro de cuentos de Esteban Valentino (1957), pero además, es



quizá el cuento que más nos atrape de todos ellos. El autor hace de este relato tan conocido y recreado por diversos escritores, una nueva historia donde el papel protagonista ya no le pertenece sólo a la niña. Un atractivo giro al promediar el relato logra nuestra adhesión hasta el final. Investigadores de este cuento popular nos informan de la existencia de muchas versiones clásicas de Caperucita y también de muchas otras con el elemento paródico, como en este caso. Vale la pena sumar esta nueva versión de Esteban Valentino a la lista de las mejores.

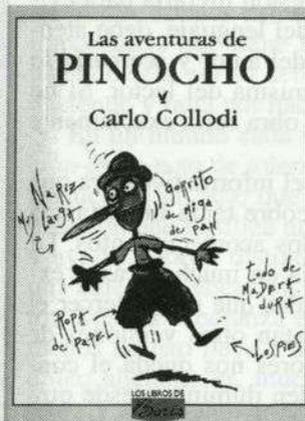
Accame, Jorge: *Diario de un explorador.* Buenos Aires, Sudamericana, 1996. Colección Sudamericana Joven.



Siempre es bueno leer historias de otros lugares y sobre todo cuando

se cuentan desde ese otro lugar, con otra mirada y otra voz. Tal es el caso de Jorge Accame (Buenos Aires, 1956), que vive en Jujuy desde 1982, y que con un particular manejo de la escritura nos ofrece estos trece cuentos, donde podemos captar la dimensión fantástica de la realidad del noroeste argentino. *Viscoso en la oscuridad*, *El Ankuto Pila*, *La posesión*, *Hongos*, son algunos de los títulos que integran este inquietante volumen para los jóvenes lectores.

Collodi, Carlo: *Las aventuras de Pinocho.* Versión de Laura Devetach y Gustavo Roldán. Ilustra Gustavo Roldán (h). Buenos Aires, Colihue, 1996. Colección Los Libros de Boris.



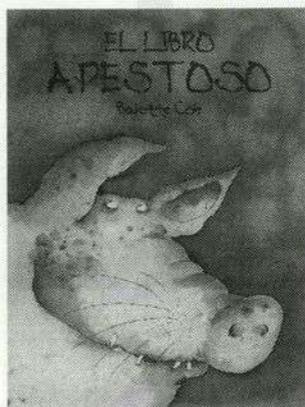
"Cómo fue que el carpintero maestro Cereza encontró un pedazo de madera que lloraba y reía como un chico". Así dice el "copete" al Capítulo 1 de *Las aventuras de Pinocho*. El inolvidable personaje, aquel muñeco "todo de madera", creado por Collodi, nos llega en una nueva versión a modo de homenaje a más de cien años de su primera publicación, en forma de fascículo en 1881 y como libro en 1883. Sin duda vale la pena celebrar también esta decisión de Laura Devetach y Gustavo Roldán de recuperar, y con excelencia, tan valioso texto de la literatura para niños.

Bojunga Nunes, Lygia: *Angélica.* Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 1993. Colección Torre de Papel.



Angélica, protagonista de esta novela de la brasileña Lygia Bojunga Nunes, es una cigüeña que se siente indignada porque su familia insiste en conservar el antiguo mito sobre las cigüeñas. A partir de allí, Angélica comenzará un largo viaje hacia otras tierras y a través de ella misma. Como en otras novelas de la autora, la narración se estructura en capítulos cortos que se suceden sin un orden cronológico. Los personajes principales presentan su historia, interrumpida muchas veces para dar lugar a personajes secundarios que añaden nuevos elementos al relato. Humor, lenguaje coloquial, y un universo simbólico que se despliega: el puerto, la playa, el mar, el huevo, aparecen como imágenes relacionadas con la gestación, para este relato iniciático de Angélica. Impecable narración, cuyo pecado tal vez sea tocar todos los temas en una sola obra.

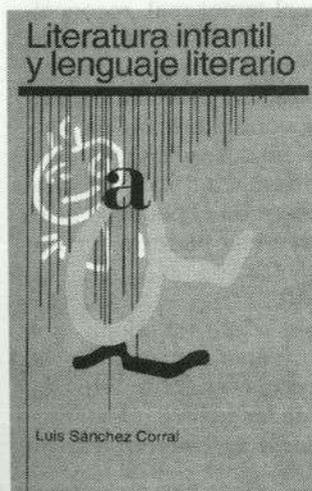
Cole, Babette: *El libro apestoso.* México, Fondo de Cultura Económica, 1994. Colección Los Especiales de A la orilla del viento.



¿Por qué desdeñar el sentido del olfato a la hora de leer? Y si no preguntémosle a Patrick Suskind, quien con su novela *El perfume*—donde los olores ocupan un papel preponderante— fue capaz de crear una de las más maravillosas obras de la literatura universal contemporánea. Distancias mediante, *El libro apestoso* juega con irreverencia con el tema de los olores y es una muestra más de la interesante propuesta de la Colección Los especiales de A la orilla del viento. Este libro de Babette Cole, divertido y provocador, despertará evocaciones olorosas y una sonrisa cómplice entre chicos y grandes, a partir de los textos y de las expresivas ilustraciones que presenta.

TEORIA

Sánchez Corral, Luis: *Literatura infantil y lenguaje literario*. Buenos Aires, Paidós, 1995. Papeles de Pedagogía/23.



Este libro se orienta hacia la construcción de una teoría y una crítica sobre la literatura infantil, desde la estética de la recepción. Desde esta perspectiva, interesa el descubrimiento del lector como instancia constitutiva del texto artístico. Esto es, el receptor deja de ser considerado como simple destinatario pasivo en la construcción final de la obra literaria. Los docentes que deseen pensar su práctica, encontrarán en este libro una respetuosa propuesta didáctica para la enseñanza de la literatura infantil, que no invade lo literario, sino que promueve un mejor acercamiento a los riesgos de la ficción.

Markale, Jean: *Pequeño Diccionario de Mitología Céltica*. Barcelona, Alejandría, 1993.



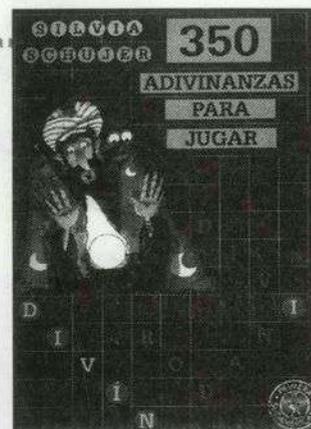
Jean Marcale nos presenta este *Diccionario* de gran utilidad para quienes se interesan por el fascinante mundo de la mitología de los pueblos celtas: galos, bretones, galeses, irlandeses y escoceses. La obra explica las características y la historia de los principales personajes mitológicos: dioses y héroes, bardos y druidas. También se ocupa de darnos información acerca de los santuarios y otros lugares míticos; animales fabulosos y figuras mágicas del folklore; sin olvidar la extensa nómina de personajes de las novelas artúricas (Merlín, Arturo, Lancelot). Además de la información, cuidadas ilustraciones hacen de este *Diccionario* una guía para recorrer la mitología céltica.

López, Claudia y Viola, Liliana: *Tu diccionario ilustrado*. 500 palabras ilustradas y traducidas al inglés y al francés. Dibujos Marcelo Elizalde. Buenos Aires, Sudamericana, 1995. Colección Primera de Sudamericana.



Según el Diccionario de la Real Academia Española, un diccionario es "un libro en el que se recogen o explican de forma ordenada voces de una o más lenguas"; para Liliana Viola y Claudia López "es un libro para preguntarles a las palabras qué nos quieren decir" (así lo definen para los chicos en la página 21). Sabemos cuán complejo puede resultar para los niños comenzar a manejar esta herramienta. *Tu diccionario ilustrado* "intenta—como dicen las autoras— iniciar al pequeño lector en su relación con las reglas específicas que todo diccionario impone: el orden alfabético, las remisiones de un término a otro, los gráficos, la clasificación, la ausencia de relatos." Sabiamente las autoras agregan fórmulas que se acercan a las que el mismo niño suele usar a la hora de definir: la comparación, el ejemplo y la palabra en su contexto lingüístico. Precisas y coloridas ilustraciones ayudan a completar los sentidos de las palabras. Se cierra la propuesta con las traducciones de los 500 vocablos al inglés y al francés.

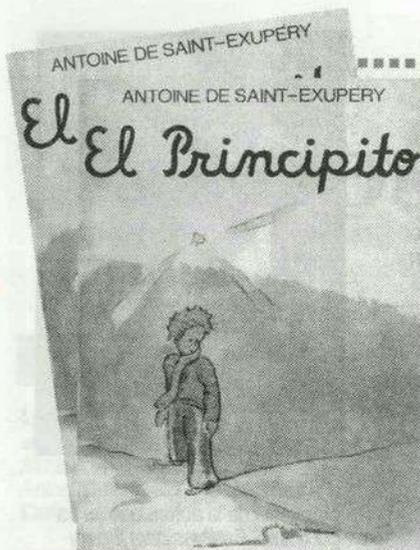
Schujer, Silvia: *350 adivinanzas para jugar*. 2ª ed. Buenos Aires, Sudamericana, 1996. Colección Primera de Sudamericana. Cuentos, poesías, chistes y 350 adivinanzas, la mayor parte de ellas especialmente escritas para este trabajo por Silvia Schujer y Pedro Krichner. El resto pertenece



a la tradición. Una nueva propuesta de la autora que ya ha publicado *Palabras para jugar* y *Palabras para jugar, con los más chicos*, en la misma editorial. Este libro rescata y renueva con habilidad lúdica la tradición de las adivinanzas. Las encontrarán de calles, de nombres y animales, de frutas y verduras, para no parar de adivinar. Las ilustraciones son de Marcelo Elizalde y el diseño gráfico de Helena Homs.

Bornemann, Elsa: *Palabracadabra 2*. Buenos Aires, Alfaguara, 1996. Colección Infantil. *Palabracadabra 2* es el segundo libro hasta la fecha de la serie. Está destinado a quienes ya leen sin mayores dificultades (el primero estaba dirigido a quienes recién están completando su aprendizaje de la lectura). Este libro bellamente ilustrado por O'Kif, se presenta en una caja acompañada por dos mazos de barajas y un breve folleto con la explicación de cómo nació este juego y de cómo jugarlo. Las barajas representan todas las letras del alfabeto. Uno de los mazos reproduce el poema que contiene cada página del libro y la ilustración, el otro grupo de cartas nos muestra el dibujo y la letra solamente. Poesía en los textos, atractivos dibujos y un poco de buena memoria para este juego que habrá que aprender.





Diplomacia infantil

por Ema Wolf

La cancillería argentina y los kelpers intercambian libros para niños.

Acerca de la utilidad de los libros infantiles se ha escrito mucho. Con excepción de los autores —que persisten en una miopía incomprensible— ya nadie duda de que en todas las épocas han servido a los fines más variados. Desde ser eficaces vehículos educativos —por ejemplo, para lograr que los pequeños no se suenen la nariz con el mantel—, hasta la muy práctica ventaja de que pueden ser apilados para que ellos alcancen los estantes altos.

Una nueva e insospechada zona de utilidad se acaba de abrir para la literatura infantil: servir a objetivos diplomáticos. Como quedó en evidencia cuando el pasado mes de diciembre el canciller Guido Di Tella, en el último gesto de su ofensiva de seducción a los *kelpers*, regaló a cada familia de las Islas Malvinas un ejemplar en inglés de *El Principito* de Antoine de Saint-Exupéry. Es de esperar, al menos, que la traducción sea buena.

Estamos de acuerdo en que un libro es mejor presente navideño que un misil. No cuestionamos los gustos literarios del canciller. Pero sin duda es lamentable que dentro de la producción cultural argentina no exista nada lo bastante representativo, bello y a la vez eficaz como para persuadir a los *kelpers* de que pueden ser felices compatriotas nuestros. Bien mirado, ¿qué les podíamos mandar? ¿Un poema de Hernández que habla de gauchos desarrapados? ¿Un libro con reproducciones de de la Cárcova que muestra obreros sin trabajo? ¿"El inglés de los güesos"? ¿"El diablo inglés"?... Nada más adecuado que un libro universalmente francés.

Antes de leerlo algunos lugareños se ilusionaron creyendo que se trataba de una biografía no autorizada del príncipe Andrés y su confusa participación bélica en las Falklands. Otros creyeron que era un manual —tan útil en esas tierras— sobre de la cría del cordero en cajas. Después lo evaluaron con crítica desconfianza: en una edición del *Penguin News*, el diario local, un articulista se quejó de que se usara a los niños como caballos de Troya, pero ni él mismo estaba seguro de haber hecho una lectura atinada del regalo.

No obstante, se apresuraron a devolver la gentileza.

En enero una de las integrantes del Consejo Legislativo de Malvinas, Wendy Teggart, preparaba el envío a nuestro canciller del libro *The big friendly giant* ("El gran gigante amistoso") de Roald Dahl, un autor previsiblemente inglés.

Es la historia de la pequeña Sophie, a quien un gigante bueno rescata del orfanato para compartir con ella la aventura de destruir a otros gigantes malos que andan por el mundo devorando gente inocente. Apenas le cuentan a la reina de Inglaterra sus propósitos, ella les proporciona ayuda militar. La legisladora Teggart se ocupó de subrayar una frase del gigante amigo: "Comer a humanos es malo y diabólico", lo que se presume es la moraleja del libro.

Si los *kelpers* se desconcertaron con el regalo, otro tanto ocurrió aquí con la devolución. Desentrañar los simbolismos y mensajes de un libro nunca ha sido fácil, sobre todo para funcionarios no habituados a frecuentar textos tan crípticos. ¿A quiénes representan los caníbales? ¿Quiénes son sus víctimas reales? ¿Acaso John Major se comerá al cordero? ¿Quién se oculta bajo el disfraz de Sophie? ¿El gigante bueno será conservador o laborista? Todavía se está estudiando.

Como todo el mundo sabe, el temor real, reconocido en esferas del gobierno —y de ahí la astuta, aunque un poco pinchada, *charm offensive*—, es que los *kelpers* se independicen. Tal vez la estrategia secreta de la diplomacia argentina consista en confundirlos. Con riesgo de que surja una posibilidad no deseada. Que, aislados como están, escasos de información sobre las novedades planetarias, y encantados con el pequeño príncipe de Saint-Exupéry, quieran formar parte de la corona francesa.

O mudarse al asteroide B 612.

Es de esperar que si vamos a seguir tirándonos con libros al menos se continúe respetando la calidad de los textos, como corresponde a una guerra civilizada. Vaya como advertencia por si se les ocurre mandarnos ejemplares de *Budgie, el pequeño helicóptero*, escrito por la ex-S.A.R. Sarah Fergusson.



